

LA CONSPIRACIÓN DE LAS ZURDAS

**Y NUEVOS CUENTOS TICOS
DE CIENCIA FICCIÓN**

Iván Molina Jiménez

Iván Molina Jiménez

LA CONSPIRACIÓN DE LAS ZURDAS

**Y NUEVOS CUENTOS TICOS
DE CIENCIA FICCIÓN**

San José
2007

863.44
M7221c

Molina Jiménez, Iván

La conspiración de las zurdas y nuevos cuentos ticos
de ciencia ficción / Iván Molina Jiménez. – 1 ed.

–San José, C.R. : I. Molina J., 2007.

82 p. ; 21 x 14 cm

ISBN: 978-9968-9560-1-7

1. Cuentos costarricenses. 2. Ciencia ficción.

I. Título.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones y eventos descritos en este libro son ficticios o utilizados ficticiamente.

Primera edición: 2007.

Asistencia editorial: Ramafá et sa troupe.

Diseño de portada: Silanif Sumsare.

Ilustraciones de portada y contraportada: Vania.

© Iván Molina Jiménez.

Apdo. 1478-4050. Alajuela, Costa Rica; email: ivanm2001@hotmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

CONTENIDO

EL DÍA QUE SE LLAMA COMO TÚ	7
BICENTENARIO	13
COMPRE ORIGINALES	19
ESCALA IMPREVISTA	25
LA CONSPIRACIÓN DE LAS ZURDAS	35
EN BUSCA DE HUMANIDAD	43
GRADUACIÓN INTERRUMPIDA	51
TERRITORIO LIBERADO	59
ALBOROTO DE PECAS	67
LA PIRATA RAMAFÁ	73

EL DÍA QUE SE LLAMA COMO TÚ

V inicius Sócrates Cardoso, poeta e integrante de la Academia de Letras, falleció el 21 de mayo del 2128 en su casa, ubicada en Río de Janeiro. Nueve años después, la policía francesa detuvo, en Marsella, a un célebre contrabandista danés que, además de joyas y obras de arte, tenía algunos manuscritos originales de reconocidos científicos y literatos. Del escritor brasileño, se encontró una carta dirigida a su esposa en algún día de junio del 2100, en la que justificaba su decisión de vender la casa de Bahía; un ejemplar corregido a mano de la primera edición de su célebre libro *Ausência navegável*; y un pequeño cuarteto, sin título, fechado en Mercurio el 17 de agosto del 2105, el cual –en su versión al español– decía:

“Bajo mi sombra de hombre
crece un fuego que me inflama
porque cada día se llama
como tú, con otro nombre”.

*

El descubrimiento del poema, en el 2137, coincidió con la publicación de las obras completas de Cardoso y con el centenario de su nacimiento. La editorial Termópilas, interesada en aprovechar al máximo la ocasión para promover las ventas, me contactó para que averiguara lo que pudiera sobre

la estadía del poeta en Mercurio, el origen de esos versos –tan diferentes a las temáticas y estilos de su producción literaria–, y cómo fue que terminaron en poder de un criminal europeo. Dado que me especializo en recuperar documentos personales “extraviados”, el caso no me interesó mucho, pero lo acepté porque me pareció poco complejo y la compensación económica que se me ofreció era, simplemente, exorbitante.

De las tres tareas, la más sencilla fue determinar la razón por la cual el poeta viajó al planeta más próximo al Sol en el 2105, un dato que, curiosamente, no figura en las biografías disponibles. Tras conseguir la autorización correspondiente, tuve acceso a los archivos electrónicos de la colonia establecida en Mercurio, según los cuales la visita de Cardoso parecía haber sido de carácter estrictamente personal y, en mi criterio, bastante irregular. El director de la base, el célebre astrofísico Gaetano Celso Viotti, lo invitó a impartir una conferencia acerca de los diversos significados de los vientos solares en la poesía publicada a partir del 2065.

La impresión de que Viotti inventó una excusa académica para justificar el viaje de Cardoso la reforcé al constatar que, en la década del 2050, los dos fueron compañeros de estudios en el Instituto Superior de Bahía. Poco después, al revisar la correspondencia del científico brasileño, encontré un escueto mensaje electrónico, fechado el 20 de marzo del 2105, y dirigido a una misteriosa empresa denominada Socracia, el cual indicaba: “La gestión fue todo un éxito. Convencí al Consejo de que era muy importante que la conferencia se impartiera en persona, y no a distancia. El lugar es uno de los más extraordinarios del universo”. La búsqueda de datos adicionales acerca de la estadía del poeta en Mercurio fue completamente infructuosa.

*

Volé a Miami, adonde había quedado en reunirme con el abogado del danés. La tarde era preciosa y una brisa muy agradable corría arremolinada por la terraza del bistro, sin

atender al mar que competía en azul con el cielo. El tipo se atrasó, pero se disculpó con elegancia y rápidamente evidenció estar interesado en lograr un acuerdo:

–El señor Khader me autorizó a proporcionarle la información que usted necesita a cambio de un pequeño favor.

Sonreí y esperé.

–En febrero pasado usted recuperó varios documentos para el diputado Z, incluidas unas fotos en blanco y negro.

Evité que mi mirada confirmara lo que él decía.

–Sería muy conveniente para el diputado y para mi cliente –dada la desventajosa posición actual del señor Khader– que esas fotos desaparezcan a la brevedad posible.

–A lo único que puedo comprometerme es a transmitir el mensaje.

–Basta con eso. Los caballeros de verdad saben proceder a la altura de las circunstancias.

Cumplí con mi parte y, dos días después, el abogado me envió un breve mensaje: “la mercadería que le interesa procedía originalmente de”, y me indicó una dirección en Toronto. Investigué lo suficiente para determinar que la mansión allí localizada pertenecía a un arquitecto de origen japonés, casado con la única hija que tuvo Viotti. La llamé de inmediato, y la señora de Kurosawa accedió a platicar conmigo un domingo por la tarde. Fui puntual y me atendió muy amablemente.

–Temo que no voy a poder ayudarlo mucho. Mi relación con papá siempre fue distante. Después de su fallecimiento, el asistente me mandó varias cajas de documentos –especialmente diarios y cartas–, los cuales doné a Columbia. Entre esos materiales, venía un poemario de Cardoso, con una carta y unos versos. Los aparté con la intención de enviárselos al poeta, pero dejé el asunto para más tarde y, al final, lo olvidé. Luego ocurrió el robo y creí que estaban perdidos para siempre.

*

Desde que se conoció la existencia del poema, diversos formadores de opinión pública (periodistas, entrevistadores, líderes espirituales, políticos y otros) comenzaron a especular sobre la fuente de inspiración. Los conservadores aseguraban que los versos fueron escritos para Luiza Athayde, la esposa de Cardoso; en contraste, los amarillistas insistían en que estaban dedicados a Altiva Marcílio, la amante oficial del escritor. Las versiones más escandalosas afirmaban que el texto tuvo por origen un apasionado encuentro ocasional, ocurrido en Mercurio, donde el corazón del poeta fue capturado, de manera momentánea, por una joven y atractiva científica.

Investigué cada una de esas posibilidades, pero sin éxito. Tras descartarlas, concluí que para resolver el enigma era fundamental conocer, con precisión, la experiencia de Cardoso en la base. Luego de una nueva visita a los archivos, encontré que el asistente de Viotti, en el 2105, era un costarricense (de Cartago) llamado Julio Volio: un brillante craterólogo que, en el 2125, durante unas vacaciones en la Tierra, encontró al Señor, abandonó la práctica científica y se integró a la orden de los cistercienses. Residía en un convento, en Girona y, una vez que conseguí la autorización del abad, pude entrevistarlo. Por supuesto, dado que vivía apartado del mundanal ruido, él desconocía el debate público provocado por los versos del poeta. Cuando terminé de ponerlo al día, exclamó:

—¡Increíble!

Le expresé mis dudas acerca del carácter inusual de la invitación.

—Su presunción es correcta. El señor Cardoso tenía un enorme interés por conocer Mercurio y el doctor Viotti, dada la profunda amistad que tenían, inventó lo de la conferencia para que pudiera ir a la base.

—¿Y el Consejo de Investigación del Sistema Solar no sospechó algo?

—Hubo resistencia y muchísimas preguntas; sin embargo, en esa época el doctor Viotti era tan respetado y estaba tan bien conectado políticamente que nadie lo iba a enfren-
tar de manera directa.

—¿Cardoso impartió efectivamente esa charla?

—Sí, e incluso se grabó (en alguna parte debe estar esa filmación). La actividad fue muy interesante. Asistió casi el 40 por ciento del personal.

—¿Imagino que no tuvo relación alguna con el quehacer de la base?

—Evidentemente, pero desde que Strunz demostró la correlación entre la imaginación poética y la innovación científica...

—Entiendo.

Puesto que para mí la poesía es inútil, sonreí con disimulada condescendencia y pasé a la pregunta principal:

—¿Y el poema?

Volio, todavía afectado por un resfrío, carraspeó antes de responder:

—El día anterior al de su partida, el doctor Viotti, el señor Cardoso y yo fuimos al Observatorio de Sobkou, para que el poeta experimentara, en todo su esplendor, un amanecer en Mercurio. Quedó tan maravillado que, allí mismo, compuso esos versos, como un canto al sol. Luego, ya de vuelta, los escribió en un pedazo de papel y se los regaló a su amigo de juventud.

Al dejar el monasterio, era avanzada la tarde y conduje de vuelta sin transgredir el límite de velocidad, un logro que debo acreditar a mi psicólogo. A mis espaldas, el Mediterráneo, indiferente a celajes de un rojo comunista, se despedía de un sol catalán cuyas labores diarias, en esta parte del mundo, estaban por terminar.

BICENTENARIO

S iéntese, por favor.

—Gracias. Como le expliqué en mi mensaje, soy periodista del *Mexico Times*, y preparo un reportaje sobre la privatización de los activos culturales del Estado costarricense. Aunque el caso de Costa Rica está abundantemente documentado, me gustaría volver sobre algunos temas ya conocidos y profundizar en otros. Puesto que usted fue la diputada que lideró la oposición al proyecto, considero fundamental incorporar su punto de vista.

—Con mucho gusto.

—¿Tengo entendido que la propuesta original de privatización se presentó a la Asamblea Legislativa en abril del 2046?

—Sí, aunque bajo la forma de una apertura regulada. Ese asunto fue el eje de la campaña electoral del 2042. El candidato de la Unidad Rojiverde Libertaria (URL) insistió en que, para reducir el gasto público y aumentar los ingresos del fisco, era indispensable que el Estado diera en concesión a la empresa privada la organización de algunas conmemoraciones oficiales, como el 11 de abril (día del héroe nacional Juan Santamaría), el 25 de julio (anexión del Partido de Nicoya) y 15 de septiembre (independencia nacional).

—¿Fue durante esa campaña que el periódico *Trans-nation* y las cadenas Septica y Opretel empezaron a impugnar

el control del Estado sobre las conmemoraciones y a denunciar que era un monopolio?

—El cuestionamiento empezó desde mucho antes. Durante las movilizaciones populares de inicios del siglo XXI contra el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, la figura de Juan Santamaría fue utilizada sistemáticamente por quienes se oponían a ese convenio. A raíz de eso, empresarios vinculados a la publicidad comenzaron a plantear que las conmemoraciones oficiales podrían ser administradas mejor por el sector privado. La primera vez que escuché eso fue en el 2015, después de que True & Exact Facts publicó los resultados de una amplia encuesta sobre el tema.

—Por esa época el Congreso de Estados Unidos discutía el proyecto para convertir a George Washington y a otros padres fundadores en marcas comerciales...

—¿Cómo olvidarlo? Yo estaba en Filadelfia cuando se votó la propuesta. Ciertamente, lo ocurrido en Costa Rica era parte de una tendencia mundial a mercantilizar el patrimonio cultural de los países; sin embargo, creo que la utilización de Santamaría contra el Tratado provocó que los empresarios y políticos costarricenses tuvieran, aparte de razones financieras, un motivo ideológico para impulsar esa privatización.

—Disculpe, pero me cuesta entender esto: si existía un interés tan temprano del sector empresarial por controlar ese patrimonio, ¿por qué el proceso se demoró tanto?

—El intento por privatizarlo fue bastante errático. El primer proyecto que se elaboró con ese objetivo fue presentado a la Asamblea Legislativa en el 2018 y proponía traspasar las conmemoraciones del 11 de abril y del 15 de septiembre a Heroes Inc., una corporación estadounidense constituida en Nashville, Tennessee, en el 2010.

—¿La cuna de William Walker, el filibustero al cual derrotaron los costarricenses en 1856?

—¡Exacto! Los impulsores del proyecto se olvidaron de ese pequeño detalle del pasado costarricense. La propuesta provocó un repudio popular masivo y tuvo que ser retirada de la Asamblea. La privatización pareció olvidarse durante algunos años, pero volvió, poco a poco, a ser defendida por cámaras empresariales y dirigencias políticas, y se abrió pasó en las campañas electorales del 2038 y el 2042.

—¿En qué difería la propuesta del 2018 de la que finalmente se aprobó en el 2046?

—El proyecto del 2018 implicaba que Heroes Inc. tendría un control total y exclusivo sobre la conmemoración del 11 de abril y del 15 de septiembre y podría explotarlas, comercialmente, sin límite alguno, durante períodos de diez años, prorrogables por decisión única del Ministro de Hacienda.

—¿Es decir que si un poeta deseaba publicar un soneto dedicado a Juan Santamaría primero tenía que cancelarle los derechos correspondientes a Heroes Inc.?

—En efecto.

—¿Y que obtenía el Estado?

—Cinco por ciento de las utilidades declaradas por la empresa durante los primeros diez años de operación, proporción que, vencido ese plazo, ascendería a diez por ciento fijo.

—¿La apertura era más compleja?

—Sin duda. El proyecto presentado en el 2046 suponía crear una Superintendencia General del Patrimonio Cultural, la cual adjudicaría la concesión a la empresa que ofreciera mejores condiciones, regularía estrictamente sus actividades, velaría porque tributara en proporción a sus ganancias —mínimo 20 y máximo 30 por ciento— y, cada cinco años, podría convocar a un nuevo concurso.

—¿La propuesta del 2046 era mejor para el país que la del 2018?

—Por supuesto.

—¿Por qué, entonces, usted la atacó tanto?

—Tuve dos razones. La primera es una cuestión de principios. El patrimonio cultural le pertenece a la sociedad costarricense y, por tanto, no debería ser vendible ni objeto de comercio.

—Los de la URL dicen que esa es una posición completamente superada.

—Para los de la URL los únicos valores que existen son los financieros.

—¿Y su segunda razón?

—Los diputados de la URL lograron imponer un orden legislativo en el que, primero se debía votar la apertura, y después las leyes complementarias para crear la Superintendencia. Lo que iba a pasar era previsible.

—Esa legislación todavía está en discusión en la Asamblea.

—¡Precisamente! Es allí donde los políticos de la URL y los empresarios desean que permanezca.

—¿Será aprobada alguna vez?

—Lo dudo. Los diputados de la URL, en el 2046, procuraron atrasar su votación con miles de mociones y, posteriormente, le introdujeron tantas modificaciones inconstitucionales que, aunque fuera votada favorablemente, la Sala Cuarta se vería forzada a anularla.

—¿Cómo valora usted la apertura después de transcurrida casi una década?

—El resultado está a la vista: Zlim Partners es, actualmente, el propietario exclusivo, por tiempo todavía indefinido, de las principales conmemoraciones de Costa Rica. La corporación no tributa porque opera con “pérdidas”, pese a que todos los años el Estado costarricense le cancela millones de dólares para poder celebrar, en escuelas y colegios, el 11 de abril, el 25 de julio y el 15 de septiembre.

—De acuerdo con lo que me dice, ¿la apertura no le deparó beneficio alguno a Costa Rica?

—Le voy a contestar de esta forma: cuando era niña, Juan Santamaría era el de la estatua que quemó el mesón que servía de refugio a los filibusteros de Walker, y los costarricenses podíamos ir a ver al muchacho —gratis— todo el tiempo. Ahora, el monumento únicamente se puede contemplar durante una semana, en el mes de abril de cada año, porque Zlim cobra 10.000 dólares diarios por exhibirla (parece que el próximo año, con motivo del bicentenario de la Campaña Nacional, la tarifa será triplicada). Y Juan es, hoy en día, apenas una figura publicitaria que promueve el consumo de gaseosas orgánicas, cigarrillos con feromonas, pizzas para bajar de peso, automóviles solares, laciadores de cabello, sueños digitales para ser feliz y condones inteligentes con sabor a kiwi.

COMPRE ORIGINALES

El médico, sentado detrás del escritorio, puso mi expediente en una bandeja de metal. Su rostro evidenciaba molestia y fastidio. Permaneció en silencio durante casi un minuto; después me miró directamente a los ojos y, con voz grave, expresó:

—No entiendo por qué, simplemente, no esperó un poco más.

—Ya no soporto vivir.

—La excusa de siempre.

—¿Hay algo que...?

—Nada, excepto ser paciente y, la próxima vez, proceda de manera sensata: sólo compre originales.

Profundamente triste y decepcionado, salí del consultorio, bajé las escaleras y me alejé lo más rápidamente que pude del edificio principal de la Caja Costarricense de la Muerte Segura (CCMS).

*

Con la invención del Reno-vator, en el 2065, la historia humana cambió de rumbo inesperadamente. Diseñado como un suero inteligente, la sustancia no sólo impedía el envejecimiento, sino que inmunizaba contra todo tipo de enfermedades. A partir de entonces, hombres y mujeres alcanzaron tres sueños largamente ansiados: inmortalidad, juventud eterna —la madurez se detenía a los 24 años— y salud perfec-

ta. Sin duda, existía siempre la posibilidad de morir en un accidente, por un ataque de otro individuo o por suicidio; pero dada la extraordinaria información que el producto almacenaba, de manera automática, en cada célula, la persona fallecida podía ser recuperada mediante clonación con todos sus recuerdos al día.

La vertiginosa comercialización del suero condujo, en lo inmediato, a la quiebra de las tradicionales y poderosas industrias médicas, farmacéuticas y de seguros, al cierre de todas las actividades vinculadas con los servicios fúnebres, a la desaparición de la muerte como causal canónicamente legítima de disolución matrimonial y a la supresión del concepto de viudez en tanto indicador del estado civil. Los cementerios pronto fueron convertidos en museos y los líderes de las principales religiones del planeta empezaron a ajustarlas a la nueva situación: el mundo transformado por Reno-vator fue definido como una etapa inicial y necesaria para alcanzar, más adelante, el Paraíso pleno.

Pese al entusiasmo que despertó el producto, diez años después de su salida al mercado resultó obvio que urgía reestructurar otras áreas de la experiencia humana. La primera y fundamental consistió en prohibir los nuevos nacimientos, al menos hasta que las colonias en Venus, Marte y otros planetas y lunas del Sistema Solar, fueran capaces de absorber la población extra. Tal paso supuso el colapso de los sistemas escolares y de las actividades vinculadas con las demandas de niños y adolescentes. Asimismo, con la desaparición de los gastos de seguro y de los planes de pensión, los salarios reales se incrementaron, pero los trabajadores quedaron obligados a laborar por siempre, ya que por más que intentaran ahorrar, jamás dispondrían de los recursos suficientes para retirarse a vivir por toda la eternidad.

A inicios del siglo XXII, la insatisfacción creciente era visible en los repetidos intentos de amplios sectores de la población por poner fin a sus días. Algunos lo lograron,

mediante formas de suicidio que implicaban la destrucción absoluta de todas sus células. La respuesta de los poderes públicos, frente a tal desafío, fue ilegalizar la muerte, de manera que cualquiera que intentara quitarse la vida, sabía que tenía una condena segura de 25 años en la cárcel. Para aumentar la efectividad de la medida, en el 2124 se acordó que, en adelante, sería obligatorio aceptar la extracción de una gota de sangre una vez al mes, de modo que nadie pudiera destruirse impunemente.

La ilegalización –como el búho de Minerva– se aprobó cuando ya era muy fuerte la presión en contra. En las calles de las principales ciudades del planeta, se multiplicaron las movilizaciones populares a favor de que morir fuera elevado a la categoría de derecho humano. A tal reivindicación se sumaron predicadores alternativos, políticos en busca de ascenso y, de más importancia, círculos de intelectuales que denunciaban los daños psicológicos producidos por el insostenible goce de la vida. El argumento decisivo lo brindaron los tecno-economistas de MIT-2: al no renovarse la población, la capacidad de innovación científica tendía a disminuir, por lo que se preveía una profunda crisis económica para el 2150.

*

Luca Fragomeno, un filósofo neo-mercantilista de origen italiano, publicó en *Le Monde Solaire* del 31 de mayo del 2132, un artículo que proponía una solución práctica para los graves problemas provocados por el éxito de Renovator. Ante todo, morir debía ser algo legal y sujeto a las leyes del mercado, por lo que era imperioso que a las personas se les devolviera el derecho de desaparecer, pero no por accidente, crimen o suicidio, sino como una simple y normal transacción económica. “El acceso a la propia muerte –según ese distinguido pensador europeo– no tiene por qué ser muy distinto de ir a la tienda a adquirir una corbata de seda, un traje elegante o un par de zapatos”.

Aunque el filósofo no profundizó en las condiciones operativas de su propuesta, otros sí lo hicieron y, en unos pocos años, existía una nueva industria, basada en la mercantilización del proceso de morir. El sistema fue organizado en dos etapas: la primera consistía en comprar el derecho de fallecer. Con este propósito, fueron diseñados planes de cotización, mediante los cuales los asalariados podían, después de unos treinta años de labor, disponer de los recursos suficientes para cancelar el costo de liberarse de la vida. El elevado monto establecido fue justificado porque, con la reactivación de los nacimientos, era necesario efectuar fuertes inversiones en diversas áreas, en particular en educación.

Tres meses después de expedido el permiso correspondiente, las personas eran autorizadas para adquirir la forma de expirar. La segunda etapa del proceso, sin embargo, no era tan sencilla. Las corporaciones que controlaban el mercado aprovecharon su ventaja para establecer precios exorbitantes por las mejores muertes. Óbitos rápidos y sin dolor, en particular eutanasias e infartos asistidos, estaban al alcance, únicamente, de los sectores más acaudalados del Sistema Solar. El resto de la población, según fuera su nivel de ingreso, debía conformarse con la compra de enfermedades que podían prolongarse durante meses e, incluso, años (a menor duración, mayor el costo) antes de acabar con el paciente.

Si bien las empresas justificaron los precios por la inversión necesaria para producir una nueva generación de enfermedades capaces de destruir los códigos defensivos programados por Reno-vator, la injusticia era evidente. De acuerdo con una investigación efectuada en el 2169 por el Proyecto Estado del Planeta, los trabajadores con sueldos más bajos debían cotizar alrededor de treinta años más, después de haber adquirido el derecho a morir, para poder comprar, apenas, un Parkinson clásico, una lepra tradicional, una tuberculosis básica o un cáncer de próstata o de seno de

efecto prolongado, todos los cuales tardaban décadas en matarlos (con el agravante de que únicamente podían incapacitarse en la fase terminal).

Fue, en tal contexto, que surgieron pequeñas y medianas empresas farmacéuticas, muchas de origen caribeño y asiático, que comenzaron a fabricar enfermedades genéricas de muy bajo costo. El principal problema de sus productos era que carecían de garantía y fallaban con alguna frecuencia; pero, pese al riesgo, se popularizaron inconteniblemente. Amenazadas por lo que denominaron una competencia desleal, las corporaciones presionaron a las autoridades para que ilegalizaran a sus adversarios mercantiles. Simultáneamente, iniciaron una intensa campaña entre los médicos y las instituciones de salud pública —ahora encargadas de administrar la muerte— para que recomendaran a la población sólo la compra de originales certificados.

*

Sofía me esperaba en el Parque Morazán. Le bastó mirar mi rostro para conocer la respuesta. Dos siglos antes, en este mismo sitio, habríamos parecido dos jóvenes enamorados, que se preparaban para el ritual de los besos y las caricias, mientras los árboles volvían a ver para otra parte. Sin embargo, teníamos más de ciento veinte años y lo único que deseábamos era descansar, de manera definitiva.

—¿Y ahora?

—A empezar de nuevo.

Lo dije con un tono de resignación que no podía ocultar completamente la frustración que sentía. Acababa de perder los ahorros de una década en la compra de una pulmonía fulminante de clase ejecutiva, que me tuvo postrado por casi una semana sin que, al final, lograra aniquilarme. Retornar a mis labores de inspector municipal era todo lo que había en mi futuro inmediato.

—¿Nos vamos?

—Ya casi.

Abracé a Sofía y, brevemente, imaginé que todo era distinto y que, en vez de ser una mercancía sujeta al vaivén de las fuerzas del mercado, la muerte volvía a ser el último, indispensable y precioso dominio de la vida.

ESCALA IMPREVISTA

Iba de Tokio a New Washington, pero debido a una tormenta solar –tan fuerte como inesperada– la nave debió aterrizar de emergencia en el puerto espacial de Bangkok. La ciudad era un desastre. Los hoteles estaban repletos y miles de pasajeros de clase turista, furiosos y exhaustos, deambulaban por las calles, deshidratados por un calor infernal y vigilados por unidades especiales de la policía. Tuve la enorme suerte de que, como jefa de información financiera de la corporación EBS-News, pude reservar a tiempo una suite en el Asian Dream Hotel. Una vez en mi habitación, dormí por casi dos horas; luego, llamé a mi asistente para verificar que el programa de trabajo que iba a cumplir en la Luna sería debidamente ajustado y, por último, traté de olvidarme de todo en el jacuzzi.

Faltaban veinte minutos para las once de la mañana cuando salí al balcón. El bochorno era tal que, en cuestión de segundos, toda mi piel empezó a sudar. Ya casi retornaba al alivio de los veinte grados centígrados artificiales que había en el cuarto, cuando lo vi. Estaba sentado cerca de la piscina, ubicada tres pisos por debajo del mío. Una enorme sombrilla anaranjada lo protegía parcialmente del sol, y leía un periódico con sumo interés. Su pelo era ya completamente blanco y, como siempre, lo usaba muy corto. Llevaba una camisa playera –estampada con ballenas y delfines– descui-

dadamente desabotonada, lentes oscuros y una pantaloneta azul; su piel, de un dorado intenso, parecía brillar.

Volví al cuarto, cerré la puerta del balcón, y me senté en la cama. Respiraba agitadamente, sentía un vacío profundo en el estómago y mi corazón latía como si fuera a estallar. Intenté tranquilizarme por la vía de invocar mi elevada posición profesional: “Jacqueline —me dije—, a una mujer exitosa, de 40 años, madre de una hija, sobreviviente de dos divorcios, ejecutiva de una de las corporaciones más poderosas de la Tierra y respetada por sus jefes y subordinados, es inaceptable que le ocurra esto”. La estrategia, sin embargo, no produjo resultados inmediatos, ya que tardé casi treinta minutos en empezar a calmarme. Cautelosamente, me levanté y me asomé a la ventana, con la esperanza de haber sido víctima de un espejismo, pero tal expectativa fue vana: allí, a apenas unas decenas de metros, se encontraba Leonardo Ugalde, célebre y polémico pintor costarricense, agitador político y mi ex amante.

*

En el 2045, tenía 23 años y estaba por terminar mis bachilleratos en Periodismo e Historia del Arte. La profesora de “Técnicas Avanzadas de Comunicación” sabía que yo estudiaba esas dos carreras, por lo que sugirió que, como trabajo final de su curso, elaborara un documental de quince minutos sobre algún artista centroamericano. La propuesta me encantó, pero no tenía claro a quién escoger; entonces, el azar intervino. En septiembre, Leonardo inauguró una exitosa exposición en el Diego Rivera Institute of New York. De inmediato, le escribí un correo electrónico y, para mi sorpresa, me contestó dos días después. Aceptaba participar en el proyecto, siempre que pudiéramos iniciarlo en noviembre, una vez que él volviera a Costa Rica (el mes de octubre lo pasaría en Canadá).

Lo primero que hice fue empezar a buscar información sobre él. Según un extenso artículo publicado en la revista

cultural *Anchor*, Leonardo, nacido en el 2000, empezó a destacar como pintor a los 21 años. Su brillante carrera artística, sin embargo, no estuvo exenta de profundas controversias, debido a su constante participación en actividades orientadas a la denuncia implacable de la corrupción practicada por políticos y empresarios, la defensa de los derechos civiles y laborales y la protección del ambiente. Los datos acerca de su vida privada eran más escuetos: se casó joven, a los 24 años, con Ana Valverde (una socióloga especializada en el estudio de poblaciones marginales), de la cual se divorció en el 2043. Desde entonces, parecía vivir solo, en su estudio, ubicado detrás del Edificio Metálico, en pleno centro de San José.

Dado que Leonardo tenía fama de ser persona difícil, arrogante y grosera, creí que lo más prudente sería elaborar un guión detallado con las preguntas que le iba a formular y con las escenas que deseaba incluir en el documental. Se lo envié apenas lo tuve listo y me respondió con un escueto “de acuerdo”. El día escogido para iniciar la filmación me presenté, a la hora convenida, con el camarógrafo, la sonidista, el luminotécnico, la encargada del maquillaje y los asistentes, y todo resultó de maravilla. El único problema fue que me preparé para conocer a una persona insoportable y soberbia y me encontré con un pintor divertido y encantador, que sabía reírse de sí mismo y sobresalía por un extraordinario dominio del idioma.

Su estudio también me fascinó: era sobrio y ordenado y, a la vez, acogedor. Había libros, discos, películas y matas por todas partes; en contraste, las fotos brillaban por su ausencia. La planta baja, amplia, ventilada y llena de luz, cumplía las funciones de cocina, comedor, sala de estar y espacio de trabajo (en una esquina, se acumulaban lienzos, pinturas y pinceles). Inmediatamente después de la entrada principal, una discreta escalera conducía al segundo piso, donde –imaginé– se encontraban las habitaciones. En el

fondo, una puerta corrediza de vidrio permitía pasar a un hermoso jardín interior, con una pequeña terraza a un lado, ocupada por una coqueta banca de madera y mimbre.

*

De joven, era muy insegura, por lo que pasaron dos días antes de que me decidiera a escribirle de nuevo por correo electrónico. Lo hice con la excusa de agradecerle, una vez más, por colaborar en el documental; sin embargo, mi interés verdadero era no perder el contacto. La educación sentimental, que tenía en esa época, no era muy amplia, y se limitaba a varias experiencias con muchachos de edades similares a la mía, para quienes la vida era, esencialmente, planes, sueños y porvenir. Leonardo, a diferencia de mis ex novios, tenía el increíble atractivo de ser una persona con pasado: su conversación tenía toda la fuerza de las veredas recorridas, de los proyectos convertidos en realizaciones, del viajero cuya piel acumula los aromas y colores de todos los lugares que ha conocido.

Aproveché el mensaje para comentarle cuánto me gustaba su estudio, cuán impresionada estaba por algunas de sus pinturas y, de paso, le dije que él no era como lo había imaginado. Veinte minutos después, me contestó con una pregunta:

—¿Mejor o peor?

Sentí un poco de miedo y estuve a punto de cortar la comunicación, pero opté por conducirme como una mujer adulta y sofisticada:

—Definitivamente, lo primero.

—¿Por qué?

—Por accesible.

—¿Sólo por eso?

—También por interesante y divertido.

Durante un minuto, que para mí duró casi un siglo, esperé su respuesta. Cuando llegó, me estremecí:

—¿Te gustaría conocerme más?

Sin esperar a que terminara de procesar la pregunta, una Jacqueline de cuya existencia nada sabía yo, contestó:

—Sí.

*

Sé que, al principio, fue esencialmente curiosidad y fascinación; pero, a comienzos de febrero del 2046, Leo había sido ascendido ya a la categoría de amor de mi vida. Todo era distinto con él, incluido el sexo. A diferencia de mis compañeros anteriores, siempre movidos por la urgencia de terminar lo antes posible, él se tomaba todo el tiempo del mundo para mirar, besar y tocar. Sus manos y boca recorrían, una y otra vez, cada partícula de mi cuerpo, se detenían en los lugares precisos, apretaban y acariciaban con la intensidad necesaria y, de pronto, era yo la que me deslizaba por su piel, empapada en el sudor compartido, convertida en deseo sin límite.

No todo se reducía, sin embargo, a ese tipo pasión. Teníamos en común el amor por el cine, la música, la lectura, el arte y la cocina. Por lo general, yo llegaba alrededor de las seis de la tarde, juntos preparábamos la cena, y después terminábamos en el sofá de la sala, abrazados, mientras veíamos una película de Fellini, Kubrick o Truffaut, o escuchábamos las viejas canciones de los trovadores de las décadas de 1960 y 1970. A veces, en cambio, nos sentábamos en la banquita de la terraza a leer cada uno por su cuenta, o de manera compartida: Leo leía en voz alta por un rato y, posteriormente, yo asumía el relevo.

También conversábamos muchísimo, de lo cotidiano, de temas actuales, del futuro y el pasado. A mis 23 años, hablaba de todo lo que iba hacer con mi vida, él de lo vivido. Leo se parecía a Scherazada en que estaba lleno de historias maravillosas: la pintura que tuvo que improvisar para su primera exposición y que luego fue aclamada por la crítica como la mejor de toda la muestra, la vez que se perdió en la Luna, la admiradora secreta que le enviaba fotos de galaxias

y nebulosas, el día que lo confundieron con un conocido cantante popular y repartió autógrafos y besos. Disfrutaba enormemente con sus relatos: la ironía con que describía sus equivocaciones, las pausas que me hacían contener la respiración, los finales siempre sorprendentes.

—¿Sabés qué?

—¿Me vas a contar un secreto?

—Algo así. Ya estoy completamente convencida.

—¿De qué?

—No sos un pintor.

—¿De verdad?

—Oui monsieur; en el fondo, sos un encantador de serpientes.

—¿Acaso sos una?

—No lo soy, pero tus palabras me hipnotizan como si lo fuera.

*

A finales del marzo, me propuso que me fuera a vivir con él. Hasta ese momento, la relación, pese a su intensidad, había sido llevada con extrema discreción. Mis familiares y amigos sabían que yo tenía pareja nueva, pero suponían que era algún compañero de estudios. Cuando informé a mis padres quién era la persona con la que me veía, hubo un rechazo total, el cual alcanzó un nivel crítico al manifestar mi intención de irme de la casa. Con el fin de disuadirme, insistieron en que todavía no podía mantenerme por mí misma y me faltaba cursar el posgrado, en la diferencia de edad, en la pésima reputación de Leo, y en que para un artista de su talla yo era apenas una diversión pasajera.

La situación se tornó tan insoportable que, un viernes en la noche, empecé a alistar mis maletas. De pronto, alguien llamó a la puerta de mi cuarto. Era mi tía Natalie, con quien siempre me había llevado muy bien. Pasó adelante y nos sentamos en el borde de mi cama.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Aquí no me puedo quedar más. Mamá ya no me habla, y papá fue ayer al estudio de Leo y le dijo de todo.

—¿Te puedo sugerir algo?

—¿Que lo deje?

Empecé a llorar y Natalie me abrazó.

—No. ¿Te acordás de mi amiga, Luisa Holst?

—Sí.

—Luisi es muy amiga de Ana Valverde y por eso conoce a fondo lo que fue el matrimonio de Leonardo.

La miré con disgusto.

—Ayer fui a casa de Luisi y le expliqué la situación. Quedó en que llamará a Ana y, si no hay inconveniente, está dispuesta a conversar con vos.

Me levanté bruscamente:

—¿Te volviste loca?

—Para Luisi no va a ser fácil volver sobre experiencias dolorosas que vivió muy de cerca. Escucharla te puede ayudar. Pensalo, por favor.

*

Era una mujer ya madura, pero muy atractiva todavía. Habitaba en una casa enorme, en Tres Ríos. Con una sonrisa, me invitó a sentarme.

—No te veía desde que te graduaste del colegio.

Estuve a punto de contestar una tontería; pero preferí permanecer callada.

—¿Leonardo sabe que estás aquí?

—No se lo dije.

Después de un largo e incómodo silencio, añadió:

—Es fácil enamorarse de Leonardo, lo verdaderamente difícil es vivir con él.

—¿No es así siempre?

—En cierto sentido, sí. La diferencia con él es que, aparte de pintor famoso, es artista comprometido, con una fuerte tendencia a la confrontación con quienes no comparten sus

puntos de vista, y eso significa que es alguien que constantemente lastima, ofende y molesta a muchas personas. Para defender principios no es necesario estar en una guerra civil permanente con los demás.

–Si se ama a alguien, se acepta todo.

–La vida no es tan simple. Sin duda, es posible soportar situaciones difíciles, pero sólo por un tiempo. Leonardo es un pintor extraordinario y un intelectual respetado, al que nadie va a atacar directamente; por eso, quienes tienen facturas por cobrar, se las pasan a las personas que están cerca de él. ¿Estás enterada de las amenazas de muerte?

El gesto de extrañeza de mi cara fue una respuesta contundente.

–Todas fueron dirigidas a Ana. Pero no fue únicamente eso. Su carrera empezó a complicarse a medida que Leonardo se volvía más famoso y conflictivo y ella se convertía, simplemente, en la esposa que canalizaba las agresiones y venganzas contra él.

Al percatarse de que acababa de alzar ligeramente la voz, Luisa se disculpó; después, en un tono muy suave, agregó:

–Leonardo me dijo, una vez que Ana era su verdadero y principal punto débil.

Con indignación, volví a ver a mi izquierda y un espejo de cuerpo entero, ubicado cerca de las escaleras, me devolvió mi propia mirada.

–Jacqueline, no es mi intención disuadirte de compartir tu vida con Leonardo, pero si lo hacés, deberías saber que la sombra de él es tan pesada que siempre termina por aplastar a quien está a su lado.

–¿Por eso Ana se divorció de él?

–Ciertamente existe un Leonardo que es cariñoso, encantador, solidario y admirable...

–¿De verdad?

La ironía de la pregunta la molestó un poco:

—No te sorprendás. También conozco esas dimensiones de él y, aunque ahora casi no lo trato, mi afecto por Leonardo es profundo y sincero.

—Disculpe, no fue mi intención...

—En esencia, lo que te iba a decir, antes que me interrumpieras, es que cuanto él tiene de fascinante no compensa las angustias provocadas por sus conflictos públicos y privados, las prolongadas ausencias por estar en una manifestación aquí o en una reunión secreta allá, y la tendencia a descuidar sistemáticamente las necesidades afectivas de su pareja. Además, cuando la política no lo consume, se hunde semanas enteras en su pintura, inaccesible para todos. La vida a la par de Leonardo resulta, a la larga, incierta, extenuante y sola.

*

Jamás había llorado tanto en mi vida. Le escribí: “decidí no aceptar tu invitación, y no voy a volver. Lo siento”. Su respuesta fue, simplemente: “Lo mejor”. A los días, me llegó un sobre. Pasé casi un mes antes que me decidiera a abrirlo. Era un dibujo a plumilla: una Jacqueline sonriente, sentada en la banca, dejaba que sus ojos —felices— se llenaran de vida. Incapaz de soportar esa mirada, la destruí. Tiré los pedazos de papel al basurero de mi cuarto y pensé, de acuerdo con lo que me dijo mi psicóloga, que en unos meses el dolor se disiparía, seguiría adelante con mi carrera y otras oportunidades, profesionales y afectivas, se cruzarían en mi camino.

Tuvo razón la terapeuta, pero sólo parcialmente, ya que, por más que me esforcé, Leonardo no desapareció completamente de mi imaginación. Jamás pude evitar compararlo con mis esposos y amantes; a veces, al despertar en la madrugada, su ausencia se dejaba sentir en mi costado; y cuando lograba alejarlo por un rato, volvía en forma de noticia política o artística. Avivado el recuerdo, empezaba a divagar cómo me comportaría si me lo encontraba casualmente: ¿le sonrei-

ría o fingiría una seriedad extrema? ¿Trataría de impresionarlo con mi imagen de mujer poderosa o sería incapaz de mantener la distancia? ¿Podría sostener su mirada con firmeza o la mía daría paso a las lágrimas?

Y ahora, por primera vez en tanto tiempo, coincidíamos en el más inesperado lugar del planeta, gracias a los efectos de la tormenta solar del siglo. Rápidamente, me peiné, me puse un vestido veraniego, me maquillé lo indispensable y bajé al área de la piscina. No sabía exactamente qué me impulsaba a buscarlo, y menos qué le iba a decir, tal vez, “mirá, aquí estoy después de diecisiete años”. Con un alivio decepcionado, constaté que se había ido, y que su partida acababa de evitar que hiciera el ridículo. De su paso, la única evidencia que permanecía en la silla que ocupara era un ejemplar, cuidadosamente doblado, de *l’Humanité*.

LA CONSPIRACIÓN DE LAS ZURDAS

Angela, mi esposa, es subdirectora del Museo Costarricense de Arte Fotográfico (MUCAF). En abril del 2035, la acompañé a la inauguración de una exposición temporal sobre el impacto de la crisis de 1930 en Costa Rica. Las imágenes eran tan impactantes y desgarradoras que, incluso, lloré un poco. Rostros de padres desesperados por la falta de empleo, madres y niños que deambulaban por las calles, policías a caballo que disolvían por la fuerza manifestaciones de trabajadores, jóvenes cuya mirada socialmente acusadora parecía desafiar a la cámara.

—¿Impresionada?

—Sin duda.

—La diputada Cerdas acaba de decirme que este es el pasado que la mayoría prefiere olvidar.

—Coincido con eso.

Saludé a Gilberth Icaza, el curador de la exposición, con un beso en la mejilla. Conversé un rato con él, y luego me fijé, con detenimiento, en una foto de 1933 a la que, inicialmente, le había prestado poca atención. Con un bello jardín al fondo, varios líderes del Partido Comunista de Costa Rica (PCCR), junto con otras personas —todas muy jóvenes todavía— posaban de pie. Entre las mujeres, reconocí a varias educadoras y artistas, y a Cecilia Jiménez, mi bisabuela. Nacida en 1909, tenía en ese momento 24 años. Vestía ele-

gantemente y se veía feliz. A su lado estaba el insigne intelectual obrero Luis Carlos Ramírez: se esforzaba por parecer serio, pero tenía una sonrisa traviesa en la mirada.

*

De Tati Ceci sabía, por tradición familiar, que fue muy inquieta, políticamente, en las décadas de 1930 y 1940, cuando se solidarizó con los republicanos españoles, colaboró en la lucha contra el fascismo y apoyó las reformas sociales de Calderón Guardia. Después de la guerra civil de 1948, debió exiliarse en México, adonde llegó sola, dado que acababa de divorciarse de su esposo, Joaquín Oreamuno, a quien le correspondió la custodia del único descendiente de la pareja: Calixto. Regresó al país en 1958, pero la que volvió era otra: apartada de todo activismo, se refugió en su casa, dedicada a las labores domésticas y a tratar de vincularse afectivamente con su hijo, iniciativa en la que no tuvo éxito. Falleció en 1985.

Calixto (mi abuelo) jamás perdonó que, durante su niñez, su madre priorizara el quehacer político en vez de atender a la familia. La culpó por el divorcio y por abandonarlo cuando apenas tenía 14 años. Influenciado por Joaquín, se convirtió en un católico ferviente y en un anticomunista a ultranza. Durante la década de 1960, participó en la fundación de un frente de extrema derecha, y veinte años después, fue un decidido defensor de la intervención militar de Estados Unidos en Centroamérica. Estricto, dominante y conservador, vivió en guerra civil permanente con sus hijos, en especial con su primogénita, Susana (mi mamá), quien se fue de la casa al cumplir la mayoría de edad –en 1977– para irse a vivir con Tati Ceci.

Gracias a ese gesto de rebeldía, conocí una versión más amable del pasado de mi bisabuela. Evidentemente, su período rojo fue muy difícil para su familia y su marido. Su padre, Carlos Jiménez, dueño de un amplio almacén ubicado en la Avenida Central, era un comerciante josefino bastante

s sofisticado, lector voraz y teósofo; su madre, Carmen Gurdían, era una mujer educada, además de excelente pianista y simpatizante del movimiento que procuraba la aprobación del voto femenino. Pese a su apertura cultural, la pareja estaba muy lejos de identificarse con las corrientes radicales que pronto abrazaría su hija.

Tati Ceci se casó muy enamorada, a los 21 años, con un joven y galante médico del que, sin embargo, se decepcionó rápidamente. Joaquín, ajeno a todo interés por el arte y la literatura —pese a que había residido varios años en Bruselas, donde realizó sus estudios—, estaba concentrado en su profesión. Competente y responsable, su universo se reducía a sus pacientes, a los que trataba con esmero, independientemente de su condición social (atendía gratis a los pobres). Pasados los primeros meses de matrimonio, empezaron a percatarse de los abismos que los separaban. Las divergencias ocasionales se tornaron permanentes y, a medida que el alejamiento se profundizaba, su vida común se reducía al mínimo.

Asfixiada por la relación tan insatisfactoria que tenía con su marido, Tati Ceci buscó consuelo en Lucrecia y Marta, sus dos hermanas, una mayor y otra menor, todavía solteras, y ambas zurdas. Juntas iban al cine por las tardes, se veían en el Parque Nacional para leer interminables novelas rusas traducidas al francés, o asistían a las exposiciones de arte en el Edificio Metálico. A Joaquín le disgustaba que su esposa saliera tanto, pero prefirió no manifestar su desagrado porque otro tema le inquietaba más: año y medio después de casarse, aún no tenían hijos. El asunto era sumamente delicado para él, dado que la esterilidad no era excepcional por el lado de los Oreamuno.

*

Llamé a mamá para contarle de la exposición. Tenía la esperanza secreta de que me explicara cómo fue que Tati Ceci se involucró con los comunistas. Su respuesta fue que

eso era un completo misterio. Después de la guerra civil de 1948, momentos específicos del pasado revolucionario de mi bisabuela se convirtieron en temas prohibidos.

—¿Y vos nunca le preguntaste?

—Algunas veces, pero lo único que conseguía era molestarla, así que desistí.

—¿Y las tías Lucrecia y Marta?

—Eran como tumbas.

—¿Sabés si Tati Ceci dejó algún diario o cartas?

—Lo dudo. La mayoría de los que tuvieron que exiliarse, antes de dejar el país, destruyeron todos los documentos que consideraban comprometedores, incluidos los de carácter personal.

—¿Creés que todavía viva alguien que...?

—Difícilmente. El más cercano a esa etapa en la vida de Tati Ceci fue papá, y ya casi cumple veinte años de muerto. Lo pensé por un instante y le di la razón.

—¿Por qué tan interesada?

—Supongo que la exposición me conmovió; además, verla allí, tan joven y contenta, a la par de los dirigentes comunistas y...

—Decílo de una vez.

—La sentí muy cercana a Luis Carlos Ramírez.

—¿El que era sindicalista y escribió una historia de la United Fruit Company en Centroamérica?

—Sí.

—Hija, eso es imaginación tuya.

*

Puesto que Ángela tiene alguna formación en técnicas de investigación histórica, le comenté lo que conversé con mami, y le expresé mi interés en indagar un poco más. Se ofreció a ayudarme con tal que me armara de paciencia (soy una matemática carente de esa virtud).

—Antes, investigar algo así, podía demorar años, ya que era preciso ir personalmente a los depósitos de documentos

y revisar, uno por uno, cientos de expedientes, muchos de los cuales no contenían la información buscada. Ahora es muy diferente. Con la digitalización e indexación completas de archivos, periódicos, revistas y otros materiales impresos, se pueden realizar búsquedas especializadas, en millones de fuentes, en cuestión de segundos. Te puedo enseñar cómo y dónde buscar.

Le agradecí con uno de mis besos matemáticamente exactos y prometí ser alumna obediente y aplicada, en tanto aprendía a manejar la máquina del tiempo. El proceso no resultó complicado, pero sí exigía disciplina y perseverancia. Al cabo de algunos días, y tras explorar las colecciones de informes consulares estadounidenses, británicos y franceses, la correspondencia entre el PCCR y sus aliados soviéticos, y los periódicos y revistas costarricenses del período 1931-1948, tenía más de cien referencias. La mayoría eran muy breves y, por lo general, se limitaban a informar que Tati Ceci estuvo en una reunión aquí o en una manifestación allá; sin embargo, otras eran más extensas y extraordinariamente interesantes.

De acuerdo con los datos disponibles, mi bisabuela empezó a acercarse a los comunistas a inicios de 1932. En febrero de ese año, circuló en *Trabajo*, el semanario del PCCR, una detallada crónica de Ramírez sobre las difíciles condiciones de vida de los jornaleros agrícolas en los cantones cartagineses de Turrialba y Jiménez, dominados por vastas haciendas dedicadas al cultivo de café y caña de azúcar y a la cría de ganado. Tati Ceci se conmovió tanto con el artículo que envió una carta a la redacción, en la que los felicitaba por denunciar la explotación de que eran víctimas esos peones. La publicación de ese comentario en un número posterior del periódico seguramente escandalizó a su familia, a sus amistades y a su marido.

Imagino que fue a raíz de este episodio que conoció a Ramírez. Él tenía, por entonces, 25 años y era conocido ya

como un audaz líder sindical, decidido e incorruptible, capaz de desafiar a los más poderosos capitalistas del país. Alto, guapo, moreno y conversador, combinaba un inusual talento literario con el talante de un explorador de selvas. Prácticamente en todo, su perfil se asemejaba al de un galán cinematográfico de la década de 1930, por lo que –sospecho– a Tati Ceci no debió costarle mucho empezar a enamorarse de una persona que, en tantos sentidos, era lo opuesto a Joaquín.

Presumo que a Ramírez tampoco se le dificultó comenzar a soñar con Tati Ceci. Aparte de la belleza de su juventud, era el tipo de mujer desafiante y delicada a la vez que, al distanciarse de los estereotipos de ama de casa, esposa y madre, convocaba la ilusión de ser compañera de vida. Atraídos mutuamente –un sentimiento que quizá fue reforzado por sus diferentes posiciones sociales–, decidieron correr el riesgo de un amor clandestino que, pese a ese carácter, dejó un breve trazo en un documento preparado, en marzo de 1933, por la legación de Estados Unidos en San José. Tras considerar los alcances de la expansión comunista entre los trabajadores costarricenses, el funcionario a cargo del informe destacó las cualidades del principal líder sindical del PCCR y, de pasó, anotó: “se rumora que es el amante de la señora C. Jiménez de Oreamuno”.

*

Después de escucharme con atención, Ángela terminó su cerveza y me dijo con la más maliciosa de sus sonrisas alajuelenses:

–Según tu investigación, el abuelo Calixto, católico ferviente, podría ser el hijo del peligroso agitador comunista, Luis Carlos Ramírez.

–La evidencia va en esa dirección, pero es algo que no se puede verificar. Ramírez murió en abril de 1948, en la batalla de El Tejar y, hasta donde sé, no tuvo otros hijos. Su único hermano murió soltero.

—¿Pensás contarle a tu mamá?

—Todavía no lo decido. ¿No te parece que sería injusto, a estas alturas de su vida, obligarla a editar de nuevo toda la película?

—Ciertamente; en todo caso, los datos en que te basás son apenas circunstanciales.

—Sí, pero hay algo más

—A ver...

—Calixto nació el 31 de marzo de 1934, lo cual significa que fue concebido alrededor de finales de junio o inicios de julio del año anterior. Según una información que encontré en *La Gaceta*, el 17 de agosto de 1933, “las espirituales hermanas Lucrecia, Cecilia y Marta Jiménez Gurdián” acababan de partir en viaje de placer para Estados Unidos.

—¿Se fueron de paseo pese a que sabían ya lo del embarazo?

—Precisamente por eso.

La mirada de Ángela solicitaba una aclaración urgente.

—Te ofrezco este escenario: un día, Tati Ceci descubrió que estaba encinta y que, muy posiblemente, el padre era Ramírez. Corrió por ayuda, y las zurdas, tras considerar el caso, inventaron el paseo a Nueva York, con la excusa de alejar a su hermana de esas inconvenientes amistades rojas, un propósito que sería previsiblemente respaldado por don Carlos, doña Carmen y Joaquín.

—¿Y después de algunas semanas en el extranjero darían a conocer el maravilloso —por no decir, milagroso— embarazo de Cecilia?

—¡Y todos felices!

—¿Incluso Joaquín? ¿No creés que él abrigó fuertes sospechas?

—Posiblemente, pero debió sentirse tan aliviado por tener descendencia que decidió convencerse de que la vida que crecía en el vientre de su esposa era producto de la eternamente indescifrable voluntad de Dios.

—De ser correctas tus suposiciones, esas zurdas eran gente de cuidado.

—¿Suena muy inverosímil todo esto?

Sin responder, Ángela me abrazó y permanecimos en silencio unos minutos, ajenas a la breve lluvia que salpicaba las ventanas. La besé sorpresiva y largamente en la boca. Después de recuperar el aliento, acarició mi pelo y, sin apurar las palabras, susurró:

—Últimamente, hay un no sé qué bolchevique en vos.

EN BUSCA DE HUMANIDAD

A la una de la madrugada, el coyote regresó. Éramos nueve personas, seis varones y tres mujeres, todos adultos. Después de casi cinco horas de espera, en medio de la selva y bajo una pertinaz llovizna, estábamos cansados e impacientes. De lo profundo de la noche, venían diferentes ruidos: el viento que silbaba entre los árboles, aleteos de pájaros o murciélagos, graznidos esporádicos y, sobre todo, el incesante discurrir del río, fiel a su perpetuo mandato de derramarse, sin tregua, en el Caribe.

—Vamonós.

Recogimos los maletines y, tras una caminata de unos quince minutos, llegamos a la orilla. Nos esperaba una endeble piragua. La abordamos vacilantemente. Algunos se persignaron cuando el patrón, un joven al que le calculé poco más de veinte años, encendió el motor. Pese a varios bandazos inesperados, atravesamos el San Juan sin accidentes. Bajamos de prisa y, ya en tierra, el coyote nos dividió, de acuerdo con los arreglos previos, en tres grupos. Sin que mediara despedida alguna, partimos en direcciones diferentes. El aire nocturno de Nicaragua parecía recibirnos con entusiasmo y alegría.

*

Entre aplausos y abucheos, el Primer Ministro nicaragüense, Manolo Cardenal, ingresó al Congreso. Sabía que

tenía alrededor de un tercio de los votos de su propio partido (el Liberal Democrático), todos los de la Unificación Conservadora, pero muy pocos del Sandinismo Constitucional. Si el proyecto de ley migratoria no era aprobado esa tarde, al día siguiente debería convocar a nuevas elecciones generales y despedirse, para siempre, de su carrera política.

—Señoras y señores diputados. La situación es extremadamente grave. Según la investigación del Instituto de Estadística, dada a conocer la semana pasada, hay en Nicaragua unos 600.000 costarricenses en condición ilegal.

—¡Esa cifra está inflada!

—Puede ser, diputada Tijerino, pero incluso un cálculo moderado indica que el número no baja de unas 350.000 personas.

—Sinceramente, no sé qué es lo que le preocupa al Primer Ministro. El estudio que cita también demuestra que los ticos que inmigran a Nicaragua están jubilados, tienen títulos universitarios y gozan de altos niveles de ingreso en Costa Rica.

—El pensamiento del legislador Lacayo evidencia que tenía razón el sublime Darío cuando afirmaba —Cardenal sonrió irónicamente— que “el sol del Trópico calcina”...

De inmediato, varios parlamentarios debieron intervenir para evitar que, tras fuertes descargas de insultos, la confrontación entre esos dos formidables contendientes terminara a golpes. La presidenta del Congreso, entretanto, emplazaba a las damas y los caballeros presentes para que respetaran la dignidad de sus investiduras.

—No hay duda —expresó el venerable diputado Alejandro Cuadra— que la inquietud del Primer Ministro es tan legítima como el cuestionamiento de mi informado colega Lacayo. La inmigración ilegal de ticos es una bendición para Nicaragua porque aporta la mano de obra especializada que la economía del país necesita con urgencia; pero, a la vez, desplaza a miles de compatriotas, que se ven condenados

al desempleo, ya que son incapaces de competir con trabajadores mucho mejor preparados y dispuestos a laborar casi de gratis.

—Don Alejandro —Hamlet Jerez, jefe de la fracción conservadora, se puso de pie—, con todo respeto me permito agregar a sus sabias palabras lo siguiente: hay una proporción cada vez más alta de inmigrantes ticos que, en vez de cobrar, pagan por que les den trabajo.

—¿Tan grave es la situación ya?

—El compañero Jerez, diputada Chamorro, no exagera —la representante Zelaya, una disidente sandinista, se levantó de su asiento—. En un recorrido que efectué por la laguna de Tiscapa, a lo largo de la autopista que une a León con Chinandega y en el tren entre Granada y Managua, constaté que todos los vendedores de aguas, comidas y frutas son ticos. Los patentados nicaragüenses les cobran elevados alquileres semanales por permitir que los sustituyan.

—Pero una los mira y los escucha y no parecen...

—Eso se explica, compañera Chamorro —el Primer Ministro, recuperada la compostura, volvió a intervenir en el debate—, por algo muy simple: antes de ingresar a territorio nacional, los ticos van a escuelas ubicadas en Guanacaste, donde adquieren bronceados permanentes, estudian los conceptos básicos del pasado y la cultura de Nicaragua, practican cómo llevar diversos tipos de carga sobre la cabeza y aprenden a imitar nuestro acento a la perfección. Hay compatriotas sin escrúpulos, sobre todo de Rivas y Masaya, que laboran en esos establecimientos, los cuales funcionan, además, como bases operativas de los coyotes y mercados de identificaciones falsas.

—Disculpe que lo interrumpa, señor Ministro...

—Con todo gusto, don Alejandro; sírvase, por favor.

—¿Ya el gobierno tico contestó la última protesta presentada por el canciller Urcuyo acerca de esos campos clandestinos de entrenamiento?

—Se lavaron las manos, como siempre. Según la vicepresidenta Facio, que tiene por recargo la cartera de Relaciones Exteriores, todo costarricense es libre de matricularse en la institución educativa que desee, puede desplazarse sin limitaciones por dondequiera y, si en el curso de sus andanzas, ingresa ilegalmente a un país vecino, eso no le concierne al gobierno de Costa Rica.

Palabras de indignación colmaron, de manera unánime, la sala de sesiones; de entre todas las voces, pronto se destacó la de la diputada Pastora:

—Coincido con don Alejandro en que el asunto es complejo, en especial porque, aparte de su dimensión económica, tiene un importantísimo trasfondo cultural que suele dejarse de lado. Del año 2090 en adelante, a medida que se intensificó la inmigración, se han generalizado términos desagradables como “mae”, se ha popularizado el fútbol y, de acuerdo con lo que me informan, hay algunos lugares, especialmente en Estelí y Nueva Segovia, donde ya se celebra el 11 de abril y se rinde homenaje a Juan Santamaría, con total olvido de los próceres Emmanuel Mongalo, José Dolores Estrada y Andrés Castro.

—Felicito a la compañera Pastora por llamar la atención sobre este polémico y decisivo aspecto —el legislador Jerez se puso de pie nuevamente—. Los cientos de miles de ticos ilegales que hay en el suelo patrio constituyen una amenaza directa para la identidad nacional. Gracias a una fuente de mi entera confianza, sé que en Nindirí y poblaciones aledañas se conmemora, cada dos de agosto, el día de la Virgen de los Ángeles, y que en algunas escuelas y colegios, ubicados en barrios poblados por costarricenses, la Guerra Nacional se enseña en términos de que Nicaragua fue la responsable de la venida de Walker a Centroamérica y que Costa Rica fue la que salvó al istmo de ese filibustero.

Tras disminuir la intensidad de las protestas, el Primer Ministro participó una vez más en la discusión:

—Agradezco el aporte de los diputados Pastora y Jerez, cuyos testimonios dejan todavía más claro cuán grave es el peligro que corre Nicaragua. Si la ley migratoria, actualmente en trámite, no se aprueba, estamos perdidos.

Claudia Pellas, la influyente jefa de la fracción sandinista, se incorporó y, con la elocuencia que la caracterizaba, expuso la posición de su partido:

—Aunque ahora se recuerda poco, hace cien años la corriente migratoria fluía al revés, y eran decenas de miles de nicaragüenses los que cruzaban, de manera irregular, la frontera sur en busca de trabajo. En esa época, la respuesta de las autoridades de Costa Rica fue diseñar y poner en vigor una nueva ley que, al igual que la que hoy discutimos, penalizaba a los indocumentados y a quienes les ayudaban, y colocaba bajo estricto control policial la zona limítrofe. Basta revisar la prensa de entonces para darse cuenta de la fuerza y la unanimidad con que la opinión pública de Nicaragua condenó, por inhumana, la nueva legislación costarricense. Hoy, sin embargo, somos nosotros quienes imitamos las peores iniciativas de nuestros vecinos y, además, tratamos de superarlos, con el agravante de que muchas de las personas que podríamos rechazar, perseguir, encarcelar o deportar, podrían ser descendientes de quienes partieron un siglo atrás y...

Sin esperar a que terminara, el Primer Ministro, cuyo rostro pasó en segundos de la palidez de un moribundo al rojo encendido de un gladiador en una arena colmada de criaturas feroces, manifestó:

—Era previsible que la líder de un partido identificado con las conveniencias de los grandes exportadores, que son los más beneficiados con la mano de obra inmigrante, saliera en defensa de los ticos.

—Descalificar mi intervención con base en la denuncia de supuestos intereses ocultos es muy fácil, señor Ministro. Lo difícil es respaldar esas afirmaciones. Recuerde que su

gobierno es el que más ha favorecido a las cámaras empresariales mediante la disminución sistemática de impuestos. Además, todos en el Congreso sabemos que la razón principal por la cual esa ley vergonzosa está en trámite es porque su partido se impuso en las últimas elecciones con base en la promesa de aplicar mano dura contra los inmigrantes y de iniciar deportaciones masivas.

Luego de varios minutos de violentos ataques, el legislador y novelista, Pablo Antonio Urtecho, galardonado con el Premio Miguel de Cervantes en el 2079, se puso de pie y esperó, pacientemente, a que sus colegas le dieran la oportunidad de expresar su opinión:

—Considero que lo que procede es, ante todo, que los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica diseñen una estrategia eficaz para enfrentar el asunto de la inmigración de una manera inteligente y respetuosa. El punto fundamental para mí es el motivo que lleva a cientos de miles de ticos, preparados y con recursos, a ingresar ilegalmente a suelo nacional para ocuparse en labores no especializadas, muchas de carácter informal. Hay médicos convertidos en peones agrícolas, ingenieras que venden empanadas en los mercados, abogados que se desempeñan como taxistas. ¿Por qué abandonaron todas las comodidades que tenían en su país de origen y se vinieron para acá?

Captada la atención del Congreso, Urtecho hizo una breve pausa antes de responder a su propia pregunta:

—La mejor explicación que conozco es la proporcionada por un antropólogo, el connotado doctor Russell Edelman, de la Universidad de Yale. Desde su perspectiva, el extraordinario crecimiento económico que experimentó Costa Rica a partir de la década del 2020 produjo una sociedad cada vez más individualista e incomunicada. La prosperidad material fue la base que posibilitó que ticos y ticas se habituaran a vivir solos, en sus lujosos condominios unipersonales e insonorizados del Valle Central, prácticamente sin amistades y

con escasos vínculos con familiares y vecinos. El éxito alcanzado tuvo un enorme costo: se deshumanizaron paulatinamente y, un día, al mirarse al espejo, descubrieron cuánto habían perdido. Por eso, empezaron a venir acá. Nicaragua les ofrece la oportunidad de recuperar una dimensión humana que ya no existe en su país. Dudo seriamente que la nueva ley migratoria, en caso de aprobarse y pese a su severidad, detenga un flujo de tal índole.

–Discrepo completamente de...

*

Comenzaba a anunciarse la aurora cuando divisé, a lo lejos, los techos de las casas de la villa de Pasandola. Una hora antes, me había separado de mis otros dos compañeros, cuyos contactos les esperaban en poblaciones vecinas. Con alguna suerte, podría encontrarme con el mío alrededor de las siete de la mañana. Tal vez tendría margen para desayunar algo y descansar un poco antes de iniciar el último tramo de mi viaje, previsto para finalizar en la siempre hermosa ciudad de Granada. Allí tenía asegurado un puesto de ayudante en una modesta barbería. Por lo pronto, debía acostumbrarme a mi nuevo nombre, Emiliano Uriza Lejarza, para servirles.

GRADUACIÓN INTERRUMPIDA

El Consejo Superior de Educación Pública y Privada Costarricense (COSEPCO), siempre comprometido con la búsqueda de la excelencia académica, comunica a la ciudadanía que ha tomado la decisión inapelable de desacreditar las carreras ofrecidas por la Sex University of San José (SUSAJO). La medida anterior permanecerá vigente hasta que la institución sancionada realice los cambios indispensables, para lo cual dispone de un plazo de dos años; si vencido este período las modificaciones no han sido hechas a cabalidad, se procederá, de oficio, a su cierre administrativo. Entretanto, se suspenden las graduaciones en curso. Las y los alumnos que se consideren afectados pueden solicitar las indemnizaciones del caso por la vía judicial, y tramitar el reconocimiento de cursos y la equiparación de títulos con otras entidades que ofrezcan planes de estudio parecidos.

Fundada en el 2041 como una institución de enseñanza universitaria de categoría premium, consagrada a formar especialistas en atender las necesidades sexuales de la población nacional y de los cientos de miles de turistas que visitan el país anualmente, la SUSAJO fue declarada de interés público en el 2043. A cambio de ese reconocimiento, el Rector y sus cancilleres se comprometieron a establecer una biblioteca y laboratorios apropiados para apoyar el proceso

de aprendizaje, a contar con planes de estudio integrales y actualizados, a evaluar periódicamente las carreras ofrecidas, a contratar instructores de la más alta calificación, a combinar docencia, investigación y acción social, y a garantizar la calidad profesional de sus graduados y graduadas.

El Comité de Acreditación del COSEPCO, con base en las denuncias interpuestas por la Intendencia de Turismo y las dadas a conocer por la prensa escrita y televisiva, inició una investigación a fondo del quehacer de la SUSAJO, de la cual resultó lo siguiente:

1. Biblioteca. En vez de ser un edificio específico, con todas las comodidades y adelantos tecnológicos, se reduce a un aula, mal ventilada e iluminada, ubicada detrás de la Rectoría. Si bien debería estar abierta, como mínimo, ocho horas al día, se pudo comprobar que pasa cerrada casi todo el tiempo. La persona que la atiende, una estudiante de primer año de Ciencias de la Información, manifestó que el servicio de préstamo opera exclusivamente los viernes de 2 a 4 de la tarde. La colección se compone de apenas unos 200 libros (el único clásico disponible es una versión abreviada del *Penetratium Fulminantis*, de Decameroncio), una decena de revistas de diez o quince años atrás, algunas películas y unas pocas suscripciones electrónicas vigentes. Las únicas con algún valor académico son el *Sementalia Journal of America* y la *Smegmatical Design Review*.

2. Laboratorios. Completamente inapropiados. De nuevo, se trata de aulas mal adaptadas, sin ventilación ni luz. En los de idiomas, el equipo es completamente deficiente. La mayoría de las grabaciones utilizadas para la enseñanza son copias de originales, por lo que están afectadas por el ruido de fondo que provoca la violación de los registros de seguridad del fabricante. La situación no es mejor en los dedicados a la práctica específica de las carreras: sillas, camas, sofás, mesas, escritorios y jacuzzis en pésimo estado y malolientes, vibradores y lamedores inutilizados,

cadena y esposas afectadas por la corrosión, látigos y máscaras sin elasticidad.

3. Planes de estudio. El de bachillerato tiene una organización muy simple: está compuesto por 32 asignaturas que totalizan 124 créditos, de los cuales 30 corresponden a idiomas (24 en inglés y seis a escoger entre francés, alemán, italiano y chino); 12 son de cursos de interés general (las opciones disponibles abarcan historia, literatura y arte de Costa Rica); 15 se relacionan con higiene y cuidados menores (limpieza vaginal, anal y del pene, detección a simple vista de enfermedades de transmisión sexual, y curación de pequeños sangrados); y 6 tienen por eje la prestación de servicios comunitarios (por lo general consisten en labores como recoger basura en las orillas de los ríos o ayudar a las personas de la tercera edad a cruzar la calle).

De esta forma, la preparación en el área que debe ser el fuerte de la carrera (el intercambio sexual), concentra menos del 50 por ciento del programa de estudios. La enseñanza específica está dominada por nueve talleres obligatorios, denominados Oral Externo, Interno y a Doble Lengua; Vaginal Simple, Terciado y Compuesto; y Anal Lubricado, Paulatino y Directo. Las asignaturas precedentes suman 52 de 61 créditos. De los 9 restantes, 6 son optativos (las y los estudiantes pueden matricular Pene Práctico Intermedio y Avanzado o Clítoris Pasivo y Compulsivo), y 3 son de un curso llamado Administración Corporal, en el que aprenden técnicas básicas de costos y gastos, cálculo de utilidades y valoración de riesgos.

En la SUSAJO, se imparten dos maestrías, una especializada en la satisfacción de la demanda turística, y otra en orgasmos múltiples. Cada una consta de 5 seminarios de alto rendimiento, valorados individualmente en 6 créditos. El primer programa está compuesto por Lengua Creativa, Penetración Étnica, Pluralismo Anal, Éxtasis Multidisciplinario e Imaginación Sádica; el segundo abarca Técnicas de

Posicionamiento, Erección Prolongada, Repertorio de Mordeduras, Lamido Profundo y Termodinámica Copulativa. Al igual que en el bachillerato, en el posgrado hay poca variedad de materias, y su administración es bastante desordenada, ya que las y los estudiantes pueden matricular la más avanzada sin haber aprobado la anterior, que supuestamente es requisito indispensable.

4. Cuerpo docente. Está integrado por personas de escasa experiencia, teórica y práctica, en el campo en que se supone son especialistas. Se encuentran muy mal remunerados —se les paga por tiempo lectivo, como a los educadores de colegio—, por lo que, una vez terminada la clase, abandonan rápidamente la universidad. Indican que la falta de oficinas apropiadas les impide brindar horas de atención a sus estudiantes. Por lo común, organizan sus lecciones de manera tal que sean sus alumnos y alumnas quienes asuman la responsabilidad de exponer los temas del día y de conducir los aprendizajes fornicativos. El único aporte de las y los profesores al proceso de enseñanza se limita a breves comentarios generales al final de cada sesión y a algunas demostraciones, especialmente en las áreas de la penetración y el lamido. Con el propósito de reducir al mínimo al tiempo dedicado a la evaluación, no hacen exámenes, por lo que basan sus calificaciones únicamente en la observación del trabajo realizado en el aula.

5. Investigación y Acción Social. La SUSAJO no financia ni fomenta tales actividades. La única creación de conocimiento que se hace en la universidad se circunscribe a las tesis de posgrado de las cuales existen unas 25, todas de pésima calidad y con una extensión promedio inferior a las 5.000 palabras. La mayoría se concentra en medir el nivel de satisfacción de quienes contratan los servicios de las y los profesionales preparados por ambas maestrías. La delimitación de los universos de análisis, sin embargo, es muy deficiente (algunos trabajos se basan en apenas tres entre-

vistas), hay una interpretación sesgada de los datos estadísticos y la capacidad de redacción está al nivel de un estudiante de primaria. Existe, además, una tendencia a convertir las disertaciones en simple propaganda de los servicios ofrecidos por el o la sustentante.

La extensión universitaria se reduce a los cursos de cooperación comunitaria ya comentados, y a un consultorio abierto, al cual —en teoría— pueden aplicar personas de escasos recursos, urgentemente necesitadas de atención sexual. Sin embargo, con enorme sorpresa constató el Comité que a tal programa asisten damas y caballeros de prósperas condiciones económicas. De acuerdo con la declaración dada por un conserje que fue despedido el mes pasado, este tipo de acción social no es más que una cubierta para que las y los estudiantes ejerzan ilegalmente la profesión, a precios por debajo de los establecidos por el Colegio de Profesionales del Sexo (COPROSE), y con la complicidad de las autoridades de la SUSAJO, que descuenta un 30 por ciento de los ingresos por concepto de uso de las instalaciones.

6. Calidad de las y los graduados. Existe amplia insatisfacción entre las y los alumnos con la formación que se les ha ofrecido. Una razón que justifica su descontento es que alrededor del 70 por ciento de los titulados, a nivel de bachillerato y maestría, está prácticamente desempleado, y si logra alguna contratación, es en los niveles más bajos y peor pagados del mercado sexual. Se verificó, en directo, que personas que deberían poder desempeñarse profesionalmente en áreas básicas como el sexo oral, apenas dominan los rudimentos de la disciplina. Tal constatación, y otras detalladas en el anexo adjunto a este informe, confirman las graves denuncias efectuadas repetidamente por diversos funcionarios de gobierno y medios de comunicación.

Con suma preocupación constató el Comité que las y los estudiantes carecen de formación adecuada en técnicas masturbatorias y en las últimas metodologías salivales dise-

ñadas para alcanzar el punto G y elevarlo a H. Asimismo, desconocen por lo general el catálogo básico de afrodisíacos disponible en el mercado (alguna experiencia tienen con los bebibles y los inyectables, pero saben poco de los que pueden ser comidos, fumados o aspirados); además, ignoran cómo combinarlos con específicas estimulaciones físicas y verbales. Tampoco disponen del entrenamiento suficiente para conducir con éxito copulaciones colectivas sincronizadas, ni les es familiar la tecnología digital diseñada para incrementar la duración e intensidad de los orgasmos.

Sería imposible terminar este informe sin un llamado apremiante para que, a la brevedad posible, el COPROSE, tome las medidas necesarias para garantizar la excelencia de los servicios prestados en todo el territorio nacional y la correspondiente satisfacción de consumidores y consumidoras. Es la opinión de este Comité que la incorporación de las y los nuevos graduados debe ir acompañada de estrictos exámenes teóricos y prácticos, y que urge habilitar un canal directo para quejas y denuncias. Asimismo, es preciso actualizar, cada semana, la base de datos de las personas legalmente autorizadas para ejercer, con el fin de evitar la competencia desleal.

El COSEPCO lamenta profundamente la decisión tomada, pero consciente de la importancia de formar capital humano de altísima calidad, que afiance el futuro laboral de las y los jóvenes nacionales y permita al país enfrentar los retos del presente siglo, se ve obligado a proceder con todo el peso de su autoridad. Profesionales incompetentes en el campo de la sexualidad no sólo arriesgan la satisfacción de uno de los derechos humanos básicos, sino que ponen en peligro la excelente reputación de Costa Rica como destino coitativo de primera categoría. A quienes nos visitan, año a año, tenemos la obligación de ofrecerles lo mejor, en cuanto a hoteles, autos de alquiler, drogas originales, juegos de azar de últimas generación, carreteras en buen estado, seguridad

y, por supuesto, plena compenetración física y emocional. Es precisamente aquí, en el intenso contacto piel a piel, fluido a fluido y corazón a corazón, donde el pueblo costarricense puede materializar la amabilidad que históricamente lo ha caracterizado.

TERRITORIO LIBERADO

Júpiter, enorme y deslumbrante, dominaba el cielo nocturno de Europa y teñía de un naranja rojizo el desolado paisaje de su luna predilecta. Indiferentes a esa demostración de poder y simpatía, las cordilleras del satélite, escarpadas e intimidantes, proyectaban sombras que parecían competir por capturar las estrellas asomadas al filo del horizonte. Sin atender a lo que ocurría en lo profundo de la noche, Diego, director de Galitown, la más lejana colonia terrestre en el Sistema Solar, contemplaba desde la ventana de su oficina las nuevas áreas bajo construcción, en el sur y el oeste, que añadirían dos kilómetros cuadrados más a la ya extensa superficie de la base. Era víspera de Año Nuevo. Pronto debía volver para el brindis oficial.

*

La conoció en Marte, a inicios de abril, durante una conferencia sobre administración espacial. Tenía treinta y dos años, doce menos que él, y era diseñadora de sistemas de aprovechamiento del agua. Su belleza combinaba un aire todavía juvenil con diminutas trazas de madurez, pero lo que más le atrajo fue su simpatía, su carácter alegre y cierta inocencia inesperada. Para invitarla a salir, elaboró una excusa tan extraordinariamente compleja que parecía verosímil, relacionada con los defectos verdaderos e imaginarios del acueducto que abastecía Galitown. Elena aceptó con

entusiasmo. Finalizada la parte técnica de la conversación, decidió aventurarse por territorios más inseguros.

—Después de escucharla, es evidente que la base en Europa necesita una especialista de su nivel y experiencia.

—¿Es una oferta?

—Por supuesto. El crecimiento de la base es tan acelerado que constantemente hay que ampliar el personal.

—Le agradezco el interés, pero no creo que pueda trasladarme a Galitown.

—¿Por qué?

—Paul, mi esposo trabaja en Deimos. Es ingeniero de minas. Pese a la cercanía, ya es complicado estar juntos, y si me voy más lejos, sería peor.

—Entiendo. Sé lo que es eso.

—No lo dudo.

La miró con sorpresa y Elena explicó, casi en voz baja:

—En las elecciones de marzo, voté por su esposa.

—¿De veras?

Elena asintió:

—Es la única integrante del Senado sinceramente comprometida con una exploración espacial sostenible.

—Parece que deberé agregarla a usted a la lista de admiradoras de Catherine.

—No me molestaría.

Evitó contestar, con la esperanza de abandonar esa línea de conversación. Elena captó el propósito de su silencio.

¿Desde cuándo es director de Galitown?

—Cumpliré tres años en octubre.

—¿Está contento?

—Todos los días son interesantes, y tener a Júpiter de vecino es un espectáculo permanente; pero extraño mucho la vida en la Tierra, sobre todo el mar.

—El Pacífico es el océano que más me gusta

—Comparto eso.

—¿Tiene alguna playa preferida?

–Nacazcolo, en Guanacaste. ¿Y la suya?

–Utría, en el Chocó.

–Estuve allí una vez, es un lugar impresionante.

*

Era una tarde de noviembre. El sol se preparaba para hundirse en el mar, ajeno al viento, que acumulaba pequeñas nubes blancas sobre celajes de un rojo profundo. Sentados en la arena de Nacazcolo, sabían que el domingo se aproximaba a su fin y que únicamente les quedaba una noche. Al amanecer, Elena tomaría el vuelo de Liberia al puerto espacial de Nueva York, y de allí viajaría directamente a Marte. Diego, en cambio, permanecería una semana más en la Tierra, en asuntos oficiales. Les costó mucho organizar ese fin de semana compartido, pero todo había sido perfecto. Llegaron al hotel al mediodía del viernes, y a partir de ese momento se esforzaron –al final, sin éxito– por agotar todos los besos y caricias acumulados desde la última vez que habían estado juntos.

–Separarnos es cada vez más doloroso.

Diego la abrazó.

–¿No sé cuánto tiempo pueda seguir así?

–Existe el divorcio.

Elena se quitó los anteojos de sol.

–Esa es una opción muy dolorosa; además, no me imagino a tu lado en Galitown. El director que dejó a la eminente presidenta de la Comisión de Exploración Espacial del Senado por una ingeniera de segundo nivel.

–Me molesta que lo veás de esa manera.

–¿Acaso no es cierto?

–Se trata de sentimientos, no de un concurso de antecedentes.

–No quise decir eso.

La besó en señal de reconciliación.

–¿Te acordás de Emil Saussure, que es presidente de la junta directiva de Water For Space?

–Sí.

–Le conté lo de nosotros...

–Diego, prometiste...

–No te identifiqué, pero tenía que explicarle el asunto para que entendiera lo que le iba a proponer después. Le manifesté que estaría interesado en aceptar la posición de gerente de proyectos, que tantas veces me ha ofrecido, siempre que la corporación te garantizara un puesto de investigadora. Respondió que se puede arreglar.

–¿Estás dispuesto a dejar la dirección de Galitown?

–Es lo que acabo de decir.

–Me parece un sacrificio excesivo, y después de un tiempo, probablemente empezarías a lamentarlo.

–Acostumbro pensar mucho mis decisiones para que eso no suceda.

–Tampoco me parece conveniente compartir el mismo espacio laboral...

La interrumpió, sin vacilación:

–¿Dejarías tu empleo en Marte?

–No estoy segura.

Caminaron en silencio, sin prestarse atención, casi distanciados, mientras las olas esparcían espumas entre sus pies. Cenaron frugalmente, y subieron a la habitación. Diego se sentía decepcionado y triste, Elena comenzó a preparar el equipaje. Él salió al balcón; sin darse cuenta, su mirada se perdió en un mar al que la noche acababa de borrarle sus azules. Al rato, la oyó acercarse, incierta y vacilante, y dejó que lo abrazara por detrás. Su respiración le acarició la espalda.

–Lo voy a pensar.

La voz de Elena se confundió con el constante ir y venir de las olas.

*

Era víspera de Navidad. Diego estaba en su oficina y Elena en su apartamento. Se veían felices y despreocupados,

aunque en el fondo sabían que apenas disponían de unos minutos para compartir voces e imágenes a la distancia.

—¿Lo recibiste?

Diego le mostró el pequeño paquete, envuelto en papel de regalo, que le llegó esa mañana.

—¿No lo has abierto?

—¿Sin vos? ¡Jamás!

Con excesivo cuidado, deshizo el lazo, despegó la cinta adhesiva y dejó al descubierto una caja de cartón azul que contenía un adorno de cristal: una luna en cuarto creciente.

—¿Te gusta?

—Por supuesto.

—¿No es muy femenino?

—Claro que no.

—Lo que ves es sólo la mitad del regalo.

—¿Por qué?

—Fíjate en la caja.

Encontró una minúscula tarjeta que decía: “Instrucciones. 1. Apagar todas las luces. 2. Agitar la luna. 3. Disfrutar sin restricción”.

—Confío en que no explote.

Elena sonrió misteriosamente.

Durante los primeros treinta segundos, nada alteró la oscuridad de su oficina; después, todos los colores del arcoiris se escaparon del trozo de luna en miniatura y escalaron las paredes, bailaron en el aire, se infiltraron en los documentos confidenciales, y se esparcieron por el piso, antes de desaparecer uno a uno.

—¿Qué fue eso?

—Agua lumínica. Es uno de los primeros resultados del proyecto en el que trabajo ahora.

Profundamente interesado, iba a pedirle detalles cuando se percató del poco tiempo que les quedaba.

—En comparación con tu regalo, el mío te debió parecer muy simple.

–¿De veras? –Elena fingía preocupación.

–Sí, sólo era un par de...

Sin permitir que Diego terminara, se recogió el cabello detrás de la nuca, de manera que los aretes que acababa de estrenar fueran completamente visibles.

–Todo indica que progresa Galitown.

–¿Por qué?

–Aretes como estos sólo pueden conseguirse en una verdadera metrópoli...

–Los compré en Panamá.

Elena, tras simular la más inesperada de las sorpresas, afirmó tajantemente:

–Paciencia, señor director; algún día metrópoli será.

–Según los principales especialistas en urbanismo espacial, ya lo es.

–¡Cierto! Desde aquí puedo ver los rascacielos...

Entre divertido y serio, Diego dejó que el silencio fuera su respuesta. Luego, volvieron a manifestarse sus sentimientos, se desearon otra vez una feliz Navidad, se prometieron –sin creérselo– pasar juntos el próximo Año Nuevo y apuraron la parte de los detalles administrativos.

–¿Ya llegó Catherine?

–Está reunida con los concejales de Galitown.

–El vuelo para Deimos sale en tres horas. Ya casi me voy.

–¿Siempre volvés el dos de enero?

–Sí.

–¿Nos enviamos algo cuando podamos?

–Convenido.

*

A las once de la noche del 31 de diciembre, Diego, que estaba en el Salón Dorado del principal hotel de Galitown, junto con su esposa y acompañado por sus colaboradores más cercanos y por importantes visitantes de la Tierra, se disculpó. Inventó la excusa de que debía comunicarse breve,

pero urgentemente, con John Efremov, el ingeniero a cargo de la ampliación de la base. Catherine, con un tono muy suave, le dijo: “Por favor, no tardés mucho”, y él respondió: “Prometido”. Ya en su oficina, abrió el buzón de correo y por fin, después de casi una semana sin novedades, tenía algo de Elena.

–Te extraño.

Iba a decirle cuánta falta le hacía, pero prefirió limitarse a un “igual”, próximo a la indiferencia. Se levantó, se acercó a la ventana y, casi de espaldas, ordenó a la computadora enviar su respuesta y vaciar el buzón. Al disolverse, el rostro de Elena arrastró consigo el universo en el que Diego podía arrebatarse instantes a su vida oficial y convertirlos en territorio liberado.

ALBOROTO DE PECAS

Acepté el puesto porque no tenía opción: permanecía desempleado un año más o asumía el cargo de odontólogo asistente en Delvechio, prisión intergaláctica de máxima seguridad ubicada en la Isla del Coco. Llegué de madrugada, el primer viernes de marzo del 2079. El viento, al barrer la neblina, dejaba ver, aquí y allá, pequeñas manchas de selva, en un paisaje esencialmente árido y desolado. La nave descendió en una pequeña pista, ubicada en la azotea de uno de los edificios principales. Bajé con cierta torpeza del aparato y reconocí a la persona que, con una enorme sonrisa, se acercaba a recibirme. Era el doctor Jaramillo, mi jefe inmediato. De escasa estatura y grueso, parcialmente calvo, de cara redonda y sonrosada, parecía una copia del admirable caballero, Samuel Pickwick. Aunque tenía casi setenta años, estrechó mi mano con una fuerza que me sorprendió; su voz era profunda y grave:

–Gusto en conocerlo.

–Igualmente.

–¿Estuvo agitado el vuelo?

–Un poco, al final.

–Detesto volar. Venga por aquí. Este elevador va directo al pabellón de especialistas del hospital. Le mostraré su oficina y luego puede ir a su apartamento y descansar un rato. A la una de la tarde debe presentarse con el Director Gene-

ral. El trabajo, como pronto lo descubrirá, es muy sencillo. El riesgo principal son las bizancias, pero imagino que eso usted ya lo sabía, ¿cierto?

*

Constantinopla Inc., una subsidiaria de la Yamamoto-Ford, respondió a la caída en el precio de la cocaína tipo platino con despidos masivos, bajas en los salarios y prolongación de la jornada laboral. Desde su fundación, en el 2060, la empresa se había especializado en la producción de droga de altísima calidad para abastecer a los consumidores más exigentes de todo el Sistema Solar. Las utilidades crecieron de manera vertiginosa al inicio, pero poco a poco empezaron a disminuir, a medida que Dreampower expandía sus plantaciones en Vietnam y Filipinas y saturaba el mercado con un genérico idéntico al original.

De las distintas divisiones de la empresa, la más afectada por los ajustes fue la ubicada en el Valle del Cauca. Allí, las trabajadoras —cerca del 90 por ciento eran mujeres— organizaron un sindicato clandestino y paralizaron, por casi una semana, todas las actividades productivas. Los esfuerzos por lograr un acuerdo, impulsados por varios líderes religiosos y políticos, fueron vanos. El primero de mayo del 2075, el ejército colombiano, presionado por los medios de comunicación, tomó por asalto las instalaciones, con un saldo de tres soldados heridos, cincuenta operarias muertas, y pérdidas por más de 1.000 millones de eurosolares.

Las tres líderes principales del movimiento fueron capturadas, juzgadas y condenadas a cadena perpetua en Delvechio: Dora María Sandino, madre soltera con dos hijas pequeñas, oriunda de Matagalpa; Dorinda Blades, divorciada, nacida en Chiriquí; y Virginia Téllez, separada, natural de Sonsonate. Dada la extraordinaria cobertura periodística, los rostros de esas mujeres pronto fueron familiares para miles de millones de personas. Un comentarista deportivo, que presumía de algún conocimiento histórico, las apodó las

bizancias, en referencia al imperio cuya capital fuera fundada por Constantino en el siglo IV.

*

—¿Sospecho que Delvechio no fue su primera opción laboral?

Miré al Director General con un gesto de desconuelo.

—No se preocupe. Aquí nadie viene por gusto. Las autoridades envían a este complejo a toda la porquería del Sistema Solar y de más allá, y la misión del Hospital es mantenerlos en perfectas condiciones de salud. Con un poco de suerte, después de dos años podrá solicitar un traslado. ¿Qué le pareció el apartamento?

—Parece cómodo.

—¿Su esposa va a vivir con usted?

—Cada quince días, ella vendrá o yo saldré.

—Eso es cansado.

—Sin duda, pero Jennifer está a punto de consolidar su plaza de psicóloga de planta en Coffeebrutt. Además, con lo contaminada que está la isla...

—Oficialmente, es un exitoso proyecto de recuperación ecológica; ¿está claro?

—Entiendo.

El doctor Artavia se levantó de su sillón ejecutivo de cuero, me ofreció su mano en señal de despedida y añadió:

—Confío en que su estadía aquí será provechosa para todos.

—Muchas gracias.

De la oficina del Director, fui directo a la Sección de Odontología. Jaramillo me saludó con un esbozo de sonrisa.

—¿Listo para empezar?

—Por supuesto.

Sin más demora, pasé al consultorio y empecé a tratar a mi primer paciente, Oliver Ryak, un contrabandista de joyas que, en el curso de la operación que condujo a su captura, mató accidentalmente a un policía. El brazaletes metálico

que tenía en el tobillo izquierdo le impedía toda movilidad, por lo que le solicité a la enfermera que le abriera la boca. El aliento era terrible, pero no me sorprendió. Forzados a trabajar en la limpieza y recuperación de la isla, los prisioneros padecían los peores efectos de la contaminación, visibles especialmente en la dentadura, proclive a cariarse, y en la piel, que tendía a cubrirse de pecas.

*

Tras la desaparición de la OIT en el 2055, los sindicatos fueron ilegalizados, primero en la Tierra, y luego en el resto del Sistema Solar. La única opción que les quedó a los trabajadores fue afiliarse a asociaciones solidaristas, un tipo de organización con participación patronal que, aunque garantizaba algunos beneficios a corto plazo, era incapaz de ofrecer resistencia a políticas corporativas que procuraban elevar las utilidades a costa de los empleados. Círculos de intelectuales y partidos minoritarios de izquierda iniciaron, a partir del 2070, una campaña sistemática a favor del derecho a la sindicalización; en tales circunstancias, al estallar el conflicto en el Valle del Cauca, las bizancias fueron convertidas en símbolos vivientes de una lucha legítima.

Después de la toma de las instalaciones y de la captura de las líderes del movimiento de protesta, los jueces que las condenaron adujeron que eran responsables directas de la muerte de sus compañeras –acribilladas por las fuerzas armadas colombianas–; pero tal justificación, aparte de poco verosímil, facilitó que en los medios alternativos de comunicación las bizancias fueran ascendidas a la categoría de prisioneras políticas. Lo que ocurrió después, fue sorprendente: en metrópolis y villas, en planetas y lunas, en bases espaciales y submarinas, empezaron a conformarse redes de solidaridad, que exigían una inmediata revisión de la sentencia.

La politización del asunto se agudizó a medida que se aproximaban las elecciones generales del 2080. Las dirigencias políticas y las cámaras empresariales estaban en extremo

preocupadas: si el caso era reabierto, las diversas gestiones para volver a legalizar los sindicatos se verían inevitablemente reforzadas. La incertidumbre comenzó a afectar las bolsas de valores y, ya en abril del 2079, se produjo una baja abrupta, que obligó a tomar medidas urgentes para estabilizar la economía. El primero de mayo, enormes marchas de trabajadores recorrieron las calles de todos los planetas y, en Port-au-Prince, el joven cantante haitiano, Jean Luc Yairó, interpretó el extraordinario poema de Paul Éluard, “Liberté”.

En apenas unos días, la canción se popularizó, en distintos idiomas, por todo el Sistema Solar y, en paredes de edificios y aceras, en memos y cuadernos escolares, en camisetas y correos electrónicos, en pupitres y manteles, en puertas y ventanas, en brazos y torsos, y en decenas de lugares y de objetos más, comenzaron a aparecer los versos que Éluard publicara en 1942, en la Francia ocupada por los nazis. Las palabras que los partisanos repetían otrora como una plegaria, que eran transmitidas de boca en boca por la resistencia, que caían como una lluvia de esperanza desde los aviones, tomaron por asalto, una vez más, las imaginaciones y sentidos de miles de millones de personas.

*

Dora María era pequeña, delgada y morena. Al verla, tendida en la silla e inmovilizada, resultaba casi increíble que esa mujer hubiera liderado una de las protestas obreras más importantes del siglo y que fuera el eje de un debate político tan intenso que estremecía lunas y planetas. Comencé a examinarla y sentí el olor a sudor de su piel, en la cual parecía que ya no cabía una peca más.

—Claudine, por favor aplíquele una solución de flúor 6/B.

—Sí, doctor.

Por un instante, evoqué la foto que publicara *The New Nation* tras el inicio del conflicto en el Valle del Cauca, en la cual una Dora María muy seria, de pie sobre un improvisado taburete, se dirigía a cientos de operarias. Se veía muy

linda, con una boina negra que ya parecía caérsele, y un pañuelo rojo en torno al cuello. Jennifer, con quien apenas comenzaba a salir, me preguntó:

–¿Debería sentirme celosa?

Le respondí con un beso.

–Doctor, ya está lista.

–Gracias, Claudine.

La mirada directa de Dora María me acompañó durante todo el tratamiento, serena y, a la vez, intimidante. Jaramillo tenía razón: era preciso ser cuidadoso y no dejarse atraer por estas mujeres. En Delvechio, algunos empleados habían sido despedidos simplemente por silbar la música de Yairó, lo mismo que varios custodios que, en una de la playas del sur de la isla, dejaron sin vigilancia, por unos minutos, a una cuadrilla de prisioneros. Tal descuido lo aprovecharon para escribir, en la arena, unos versos de Éluard, los cuales fueron captados por un satélite de la BBC. El escándalo posterior estuvo a punto de provocar la caída del Primer Ministro de Costa Rica.

–Claudine, por favor comuníquese con Seguridad para que vengan por la paciente.

Salí del consultorio y, en eso, recordé que había dejado mi agenda sobre el archivero. Al devolverme, observé algo que me paralizó. Claudine acaba de acercarse a Dora María y algo le decía al oído. Fingí toser.

–Ya llamo, doctor.

Esperé a que los custodios se llevaran a Dora María y, una vez solos, le dije a Claudine que se sentara.

–¿Usted sabe que está estrictamente prohibido toda comunicación con los prisioneros y que violar esa disposición supone el despido inmediato?

–¿Me va a denunciar?

–¿Qué le dijo usted a Dora María?

Las palabras vinieron como un desafío:

–“J’écris ton nom”.

LA PIRATA RAMAFÁ

Cuando cumplí cuarenta años, ocurrieron dos eventos importantes en mi vida. El primero fue que me ascendieron a vicepresidente de “Democracy for Export”, la única corporación transplanetaria especializada en organizar y consolidar sistemas político-electorales en las nuevas colonias establecidas por todo el Sistema Solar. El segundo aconteció durante un vuelo de Venus a la Tierra: mi nave ejecutiva fue interceptada por la temible pirata Ramafá. Durante seis meses fui su prisionero, y permanecí en un campamento subterráneo, construido en una de las decenas de miles de rocas del cinturón de asteroides. Al final, la aseguradora pagó el rescate y pude volver con mi familia.

*

La colonización espacial, iniciada en el siglo XXI, fue liderada por la empresa privada. El resultado, a corto plazo, fue babélico: las bases, pertenecían a distintas compañías, las cuales establecían sus propios reglamentos para todo, y aunque quienes las habitaban laboraban para tales corporaciones, también eran ciudadanos de alguna circunscripción de la Tierra. De esta forma, el ejercicio de los derechos políticos y la canalización de demandas, quejas y trámites suponían, casi de manera inevitable, la intermediación de las autoridades terrestres. El efecto de tal condicionante fue una burocratización excesiva, costosa y, ante todo, ineficiente.

“Democracy for Export” (DEX) fue fundada en San José en el 2071 (al cumplirse 250 años de la independencia de Costa Rica), con el fin de promover sistemas político-electorales viables y legítimos en América Latina, Medio Oriente, Asia y África. El origen geográfico de la corporación no era casual: desde finales del siglo XIX, la sociedad costarricense había empezado a construir una democracia extraordinariamente funcional y adaptable, en particular porque combinaba, de manera estratégica, principios y flexibilidad. Importantes logros colectivos fueron alcanzados —como un mínimo de justicia social— sin renunciar, completamente, a sutiles formas de corrupción, fraude, privilegio, impunidad y clientelismo.

En países tradicionalmente no democráticos, la fórmula costarricense fue un éxito total, ya que promovía avances institucionales significativos, sin descartar del todo las viejas formas políticas. En el 2121, cuando la crisis de las colonias espaciales parecía inminente, DEX fue contratada por “Copernicus Inc.”, propietaria del complejo establecido en Titán, para organizar un sistema de gobierno representativo. La empresa cedió parte de su patrimonio para constituir un área de espacio público, en el que se instalaría el ayuntamiento, una corte de justicia, estación de policía y cárcel; en compensación, la corporación empezó a vender —con enorme provecho— espacios para la construcción de comercios, clínicas, oficinas, escuelas y colegios, al tiempo que reducía al mínimo los gastos administrativos de la base que, en adelante, serían financiados mediante impuestos.

DEX aprovechó su experiencia acumulada durante décadas para dividir la base en distritos electorales, promover la formación de partidos políticos, diseñar una normativa que fue aceptada por todos los competidores, convocar y administrar los comicios, resolver las quejas y asesorar a los vencedores en la gestión de los asuntos públicos, en particular en la búsqueda de acuerdos como eje indispensable de

las relaciones entre el municipio y la empresa. El éxito alcanzado en Titán fue tan imponente que, sin tardanza, otras corporaciones imitaron la experiencia, la cual –en un exceso de entusiasmo– fue calificada por un politólogo japonés como el inicio de la democratización del universo.

*

Provengo de una familia costarricense bastante acomodada: entre mis ancestros hay diputados, ministros, magistrados y presidentes de la república. Dado este trasfondo, el interés por la política se despertó temprano en mí, primero en términos prácticos –dirigí por varios años la Federación de Estudiantes de Colegios Privados de Costa Rica–, y después como objeto de estudio. Terminada la secundaria, ingresé a Old Stanford, donde cursé el bachillerato universitario, y después inicié mi doctorado en New Cambridge. Me gradué con una tesis sobre equilibrio institucional comparado, basada en los casos de Nicaragua y Afganistán, la cual, una vez publicada, se convirtió en obra de consulta obligatoria para los especialistas en viabilidad democrática.

Uno de mis tíos, ejecutivo de DEX, me invitó a unirme al equipo de investigadores de la corporación, y allí conocí a Paula, una brillante analista, con amplia formación en técnicas cuantitativas. En unas semanas empezamos a salir, y a finales del 2109 decidimos compartir un apartamento y firmar un contrato de convivencia mutua. En los tres años siguientes, la familia creció con la llegada de Estefanía y Ricardo. Fue una de las mejores épocas de mi vida. Pese a las demandas y presiones laborales, que fueron el costo asociado con mis sucesivos ascensos, me esforcé por dedicar suficiente tiempo de calidad a mis hijos y a mi pareja.

Después, ocurrió lo inevitable. Paula empezó a quejarse, cada vez con más frecuencia, porque su carrera se había estancado; los niños, que antes se dormían con mis cuentos, se convirtieron, de súbito, en adolescentes insoportables; y la vida familiar adquirió ese carácter disfuncional que los

psicólogos detectan en la primera sesión con el orgullo de los vigías que descubren un continente o un planeta. Ciertamente, la terapia ayudó a disminuir la tensión y a que las voces bajaran de nivel; pero, en mi mirada, quedó inscrita permanentemente esa tristeza que no fue ajena a Vladimir Maiakovski, la de saber que “la barca del amor se ha estrellado contra la vida cotidiana”.

Tuve un excepcional momento de concordia al ser ascendido a vicepresidente. Mi madre organizó una pequeña fiesta, a la que asistieron parientes y amigos, y Estefanía y Ricardo se comportaron civilizadamente. Por vez primera, en meses, sentí que era posible lograr una convivencia que fuera, por lo menos, tolerable. Imaginé que, con un discreto movimiento, podría impulsar de nuevo la carrera de Paula, y que debería existir alguna vía para ingresar al mundo de mis hijos. A la mañana siguiente, después de un sueño reparador y un desayuno lleno de risas y bromas, repartí besos, abrazos y promesas antes de partir para Venus.

*

Desde cualquier punto de vista, era imposible que DEX resolviera, de manera apropiada, todos los problemas de los asentamientos espaciales. La transición de bases administradas privadamente a gobiernos locales se prestó para diversas formas de corrupción, en particular con la adjudicación de patentes comerciales. El cobro de impuestos fue otra fuente de conflictos, al igual que las ligeras desigualdades existentes entre las circunscripciones electorales y la constante exigencia de las organizaciones de trabajadores por establecer formas de democracia directa. El desafío más grave, sin embargo, lo constituían los mutantes.

A raíz de uniones casuales, en las colonias empezó a formarse un segmento de niños y niñas que, tarde o temprano, eran abandonados por sus padres y aprendían a sobrevivir de cualquier modo. Las corporaciones, en un inicio, trataron de controlar la proliferación de esa población; pero

pronto renunciaron a tal iniciativa debido a los altos costos que implicaba; además, se percataron —al igual que los empresarios del sexo— que los menores podían ser una fuente de mano de obra barata. En pocas décadas, los mutantes dieron origen a fuertes corrientes migratorias, que iban de una base a otra, para laborar en lo que hubiera.

Técnicamente, estos miles de trabajadores no eran ciudadanos terrestres; tampoco eran empleados corporativos. Con el propósito de no complicar más el ya difícil proceso de democratizar los asentamientos espaciales, DEX optó por excluirlos de sus ecuaciones institucionales, lo cual fue un alivio para los políticos de la Tierra y para los sindicatos, decididos a consolidar diferencias entre sus afiliados y la competencia desleal. En términos de la filosofía costarricense que orientaba la transformación de las bases, lo fundamental era asegurar, en lo inmediato, la lealtad de los actores principales de los nuevos sistemas electorales; los secundarios podrían ser integrados a futuro.

Desprovistos de derechos civiles, los inmigrantes eran, a la vez, objeto de burlas y prejuicios, el principal de los cuales consistía en considerarlos mutantes, pese a que eran seres humanos comunes y corrientes. También se decía que eran sucios, ignorantes y predispuestos al crimen. Pese a que diversos estudios demostraron lo infundado de tales acusaciones, el imaginario colectivo no se modificó. La persistencia de los estereotipos indicados fue potenciada por los medios de comunicación, proclives a extender el pánico por todo el Sistema Solar cada vez que, de manera esporádica, un indocumentado cometía algún delito, por mínimo que fuera.

Poco después de iniciada la colonización, algunas áreas de difícil acceso y faltas de vigilancia satelital en planetas y lunas, y particularmente en el cinturón de asteroides, se convirtieron en refugio para bandas dedicadas a diversas actividades criminales, compuestas —en su mayoría— por personas

nacidas en la Tierra. Algunos mutantes se integraron a estas asociaciones voluntarias, y lograron destacar por su conocimiento del “terreno”, con lo que alimentaron, todavía más, los prejuicios en su contra. De los indocumentados ubicados al margen de la ley, la más célebre fue la misteriosa y temible Ramafá, líder de una cuadrilla especializada en el secuestro de políticos y empresarios.

Precisamente porque nada cierto se sabía de esa mujer (excepto su particular destreza para burlar, una y otra vez, a las autoridades), pronto originó decenas de leyendas. Se afirmaba que fue prostituida a los seis años, que a los nueve asesinó a su primera víctima, que sólo le quedaba la mitad del rostro, que tenía dos ombligos, que era sexualmente insaciable, que le faltaba un brazo, que dominaba el arte del disfraz, que se comunicaba telepáticamente con sus subordinados, que no conocía lo que era una lágrima. Los caricaturistas la solían dibujar vieja, gruesa, con un parche en un ojo, una pata de palo, una nariz de bruja y desfigurada por el consumo de drogas.

*

Del abordaje, recuerdo poco. Sentí un ligero dolor en uno de mis brazos y me desplomé. Al despertar, estaba ciego, sordo y mudo. Sin duda, me habían implantado supresores visuales, auditivos y vocales. Me levanté y, a tientas, pude constatar que estaba en una pequeña celda, en la que había una cama, una silla, una mesa, un lavatorio y un inodoro. Terminada la expedición, me acosté. Lo único que podía hacer era esperar que, al igual que en otros casos de secuestro, la aseguradora transfiriera el rescate a una cuenta secreta lo antes posible. Inesperadamente sentí una presencia a mi lado y, en efecto, unas manos fuertes y varoniles me condujeron a mesa. La cena –una sopa de algo, frugal e insípida– estaba servida.

La práctica se repitió por más de dos semanas. Traté de llevar la cuenta para no perder la noción del tiempo, pero al

conocer cuánto se prolongaba mi cautiverio, me inquietaba cada vez más, dado que la duración promedio de un raptó espacial es inferior a cinco días. Una mañana, al abrir los ojos, la oscuridad había desaparecido, y verifiqué que también podía oír y hablar de nuevo. Desayuné lo que ya estaba en la mesa y empecé a dar voces. En unos minutos, la puerta de la celda se abrió y entraron dos hombres altos y fornidos, de rostros feroces, y una mujer que no necesitaba presentación: la temible pirata Ramafá.

—Usted se ha vuelto un verdadero problema.

De baja estatura (no más de un metro con cincuenta y seis centímetros), su apariencia era todavía juvenil: le calculé menos de treinta años. Era delgada, casi frágil, de rasgos finos y con el cabello, de un rubio arrependido, apenas a la altura de los hombros.

—La aseguradora que administra su póliza se valió de un subterfugio legal para demorar la transferencia del rescate. Según la Oficina Jurídica de DEX, el proceso puede durar varios meses.

El tono de su voz era agradablemente suave, pero firme y decidido; en contraste, su mirada era del todo opaca. De su imagen pública, lo único que coincidía con la modelo original era la nariz, ya que, en efecto, era de bruja y, aunque al inicio parecía un accidente desafortunado, una vez que se la conocía mejor, era evidente que constituía el perfecto remate de su cara.

—Por razones prácticas, vamos a trasladarlo a una habitación y le suministraremos ropa limpia y utensilios indispensables de higiene personal. Podrá movilizarse por un área estrictamente delimitada del campamento, y tendrá acceso a colecciones digitales de libros, películas y música. Cada mes, grabará un mensaje, el cual enviaremos a su familia. Todo intento por traspasar el espacio permitido será castigado de manera contundente. ¿Alguna pregunta?

*

A diferencia de cómo la presentan filmes y novelas, la vida cotidiana en una guarida de criminales puede ser bastante aburrida. Para mí lo fue durante los primeros dos meses: ni Ramafá ni sus cómplices me dirigían la palabra. Mis actividades diarias consistían en leer, escuchar música, ver cine, levantar pesas, hacer ejercicio en una bicicleta estacionaria y, religiosamente, presenciar los telenoticieros de las seis de la mañana (con el desayuno), del mediodía (con el almuerzo), y de las siete de la noche (con la cena). La cuadrilla estaba integrada por siete hombres y tres mujeres, incluida la jefa, que llamaba a sus asociados por sus apellidos, en tanto que a ella la trataban, respetuosamente, de “missus”.

Todos comíamos juntos, con Ramafá a la cabecera de la mesa. Una noche ocurrió algo que rompió la rutina. Al final de las noticias, el presentador invitó a la audiencia a no cambiar de canal, ya que “de inmediato, les ofreceremos el clásico de 1927, *Metrópolis*, de Ernst Lubitsch”. De manera casi automática, aclaré: “ese es un film de Fritz Lang”. La banda acogió con desinterés la corrección. Entre vacilante y molesto, añadí:

—Para algunas personas es importante conocer esta información.

—¿Por qué?

La inflexión con que Ramafá formuló la pregunta me pareció evidentemente capciosa, pero eso no evitó que contestara de inmediato:

—Por cultura.

La pirata dejó que las miradas de sus secuaces buscaran la suya, en espera de una réplica que vino en el preciso instante en que supuse finalizada la conversación:

—¿Es esa la misma cultura que justifica la exclusión política de los mutantes?

—No veo relación entre un tema y otro.

—¿De veras?

Guardé silencio y, por casi doce días, evitamos toda comunicación. La indiferencia mutua volvió a romperse una mañana: en el ecléctico gimnasio del campamento, encontré decenas de cajas misteriosas. Sigilosamente, abrí una y resultó que estaba repleta de ejemplares de *Somos humanos*, un folleto anónimo, ilegal e interactivo –podía ser leído, escuchado, visto o todo a la vez–, cuyo propósito era denunciar los abusos cometidos contra los mutantes y defender su derecho a la ciudadanía.

–Lo ajeno no se toca.

Entre disculparme o provocarla, opté por esto último y pregunté con calculada ironía:

–¿Esto es por negocios o por principios?

Con excesiva parsimonia, Ramafá tomó un folleto y lo dejó sobre la mesa de ping pong.

–¿Por qué no lo lee? Tal vez aprenda algo.

Por vez primera vislumbré un inicio de sonrisa en su boca, por lo que me apresuré a modificar mi actitud inicial y enfrenté su burla con una respuesta alegre y, a la vez, desafiante:

–Trataré, aunque lo dudo.

Se alejó sin replicar, pero supe que, en ese instante, algo había ocurrido entre la pirata y yo. Poco a poco, comenzamos a conversar más, y descubrimos cuánto disfrutábamos estar en desacuerdo. Alguna vez intenté que me contara de su pasado, que me explicara el origen del término Ramafá y que me dijera si verdaderamente estaba vinculada con organizaciones pro-mutantes; pero sin éxito. Una noche, le pregunté de improviso:

–¿No teme que una vez liberado de su descripción y la de sus compañeros a las autoridades?

–Si de algo estoy segura, es que usted no haría eso.

No se equivocaba. Por efecto del síndrome de Estocolmo, o de lo que fuera, la temible pirata Ramafá había empezado a abrirse camino entre mis sentimientos, con la fuerza

de un mar que se desborda. La miré con tal deseo que, de inmediato, apartó la vista y me volvió la espalda.

—¿Asumo que la plática de hoy ya terminó?

Ignorarme parecía divertirla.

*

Supe que era el final porque, por única vez, colocó una de sus manos en mi hombro y me llamó por mi nombre. Permanecí sentado, con la mirada de quien espera una sentencia que teme.

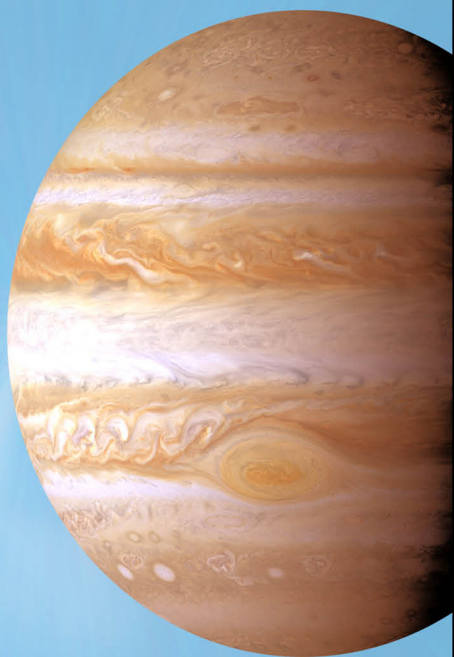
—El rescate ya fue transferido.

Percatada de mi profunda conmoción, se acercó tanto que su nariz quedó a milímetros de la mía. Sabía que ya nunca la volvería a ver. Estuve a punto de exclamar, como en el poema de John Donne, “no me liberes, porque si lo haces, nunca seré libre”; pero me contuvo la fría e insondable indiferencia de sus ojos.

—Urge partir ya.

Con cada palabra, su aliento tibio y perfumado envolvía mi rostro. Casi medio siglo después, ese aroma permanece conmigo e ilumina mis sueños, cuando puedo dormir.

Los costarricenses que desfilan por las páginas de este libro lideran la democratización del Sistema Solar, inmigran ilegalmente a Nicaragua, aprenden por qué es mejor comprar sólo productos originales, velan por la calidad de la educación superior privada y no pueden evitar que, de diversas formas, la poesía se entrometa en sus vidas.



Iván Molina Jiménez es autor de otras dos colecciones de relatos de ciencia ficción: *La miel de los mudos* (2003) y *El alivio de las nubes* (2005).